ESCALOFRÍOS TERROR

e

RALPH BARBY

30

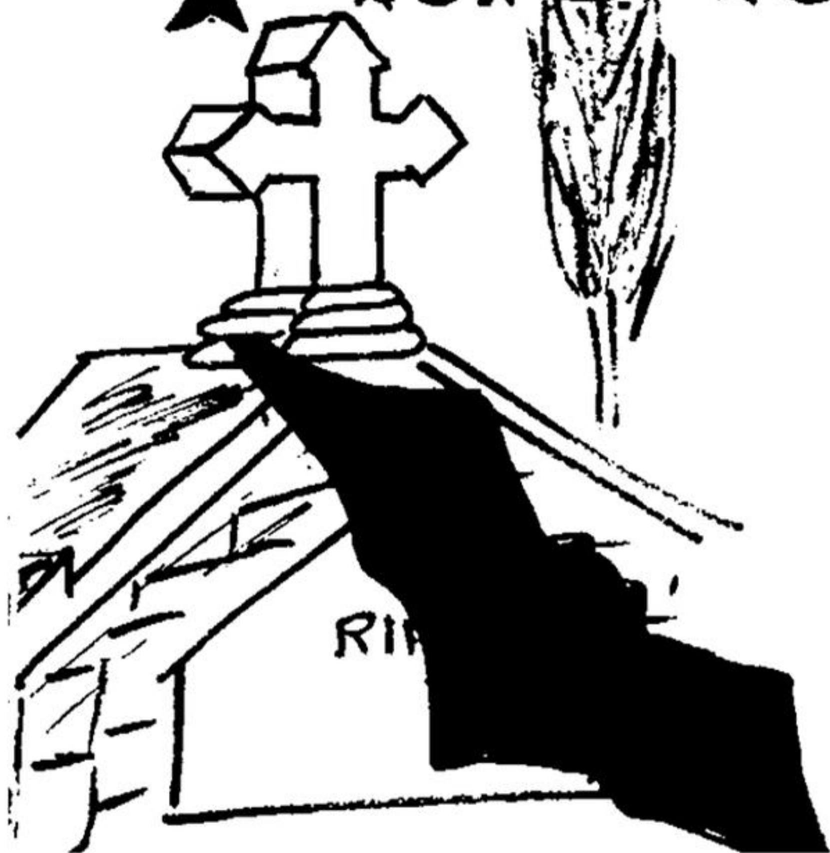
LÁGRIMAS CALCINADAS





escalofríos de

TERROR



RALPH BARBY

LÁGRIMAS CALCINADAS

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 30

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-080-0
Depósito Legal: M 1127-1989

1ª edición: enero 89

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

FUTURA - GIESA

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

Capítulo primero

Dentro de la ventana policroma de la televisión, la joven y atractiva mujer se movía junto a la orilla del mar donde espumaban las olas. Dos espléndidos pastoras alemanes trotaban en torno a ella sin Importarles mojarse. La escena sucedía a cámara lenta, estaba llena de luz y calor.

La bella modelo vestía gasas que, acotadas por el viento, dejaban ver y entrever su maravilloso y elástico cuerpo de movimientos felinos.

Toda la imagen era bella, sugerente, lo que un hombre podía desear para ser feliz.

Joan, la modelo, parecía darlo todo con sus ojos, con la expresión del rostro. Con los cálidos labios entreabiertos, con la doble hilera de dientes ligeramente separada como para dejar asomar la punta de la lengua que quería mostrarse con picardía.

Sonó el teléfono. Joan, encajada en la butaca de cuero, pulsó uno de los botoncitos del telemando y congeló su propia imagen que salía por la pantalla, pues se estaba contemplando a sí misma.

—¿Sí?

—¡Joan!

—Ah, hola, Cliff.

—Joan, esperaba que ya no respondieras al teléfono, debías estar de camino.

—Pues, estaba trabajando.

—¿Trabajando? —repitió la voz masculina a través del hilo.

—Sí, me observo en el vídeo muchas veces para estudiar mejor mis defectos y así corregirlos. Es lo adecuado, ¿no?

—Ya, pero hoy en la fiesta habrá gente importante, por lo menos una docena de empresarios que pueden pagar una campaña de

publicidad en la que tú seas la reina.

—Sí, sí, ahora iré para allá. La verdad es que me da pereza.

—Si no fuera tan tarde, enviaría a alguien que pasara a buscarte.

—No te preocupes, iré sola, pero está lejos.

—Ponte guapa y muéstrate mimosa sin pasarte. Tu imagen es la que atrae. Si a ellos les gustas mucho, pensarán que también puedes gustar a millones de telespectadores.

—Sí, sí, no te preocupes. Soy lo que podríamos llamar una puta moderna.

—¿Qué?

—Sí, me vendo, vendo mi imagen. Lo bueno es que no tengo por qué dejarme tocar y mucho menos que me peguen el SIDA.

—¿Estás «colocada», Joan? Te quiero mucho y es bueno que te dejes ver. Ya sabes que estas fiestas no son para divertirse sino para negociar contratos. Unos pagan, luego exigen; otros venden y negocian y para vender hay que convencer de que se está ofreciendo lo mejor.

—Corta, por favor, no me sueltes ahora una lección de «product manager». Me arreglo y voy para allá. ¿Puedo entrar por otra puerta a la finca?

—Sí, ¿por qué?

—Es que llevaré ropa adecuada para pilotar el coche y cuando esté allí, necesito un lugar discreto para cambiarme, así no defraudaré a quienes quieren verme bella para sus campañas. —De acuerdo. Cuando entres en la finca, uno de los guardias de seguridad te llevará a un cuarto de aseo, pero date prisa.

Joan colgó y se puso en pie. Sentía pereza, había tenido una larga sesión de aerobic.

Buscó en su armario un vestido sugerente con zapatos y medias a juego. Escogió un bolsillo de mano hecho con finísima trama de plata, unos pendientes ostentosos y para el cuello, una cadena de oro de la que colgaba un antiguo amuleto tallado en jade, la cabeza de un dragón. Era como si, al colgarlo entre sus pechos, aquel amuleto pudiera protegerla.

Cliff y otros como él le habían dicho que era mejor que no se lo pusiera porque no a todos agradaba el singular amuleto. Dudó y terminó por introducirlo en el bolso de mano. Llegado el momento, ya decidiría si se lo ponía o no.

Vestida con unos pantalones oscuros y un jersey grueso de color naranja, abandonó el apartamento cargada con el maletín en el que había guardado el vestido rosa escogido para la fiesta.

Descendió en el ascensor hasta el *parking* donde tenía encerrado su deportivo color verde. Aquel coche se lo había comprado a un amigo de la profesión a quien le hacía falta dinero rápido. A Joan le gustaba mucho aquel deportivo y sabía que para poder comprárselo nuevo, habría tenido que esperar bastante más tiempo para reunir el dinero necesario.

Roncó el motor al accionar la llave de contacto. Con la capota subida porque hacía frío, Joan enfiló la salida del *parking* barriendo con sus luces a los otros vehículos allí estacionados.

Pulsó un botón de la consola y por la acción del telemando comenzó a abrirse la puerta.

Pocos instantes después, ya rodaba por el asfalto mientras la puerta del *parking* se cerraba automáticamente.

Orientó el chorro de aire hacia su cuerpo. Tenía calor pese a que hacía frío. Se preguntó si no habría sido mejor comer algo. Tenía casi una hora de viaje hasta llegar a la finca donde se celebraba la fiesta a la que fuera invitada.

Veinte minutos de autopista, un cuarto de hora de buena carretera y después, una carretera comarcal por la que no pasaba nadie mientras una cassette llenaba el deportivo de dos plazas con música de Sting.

Había ocasiones en que le parecía un placer conducir su veloz deportivo, pero aquella noche no se sentía a gusto. Tenía deseos de llegar antes de que se pusiera a llover. No le agradaba conducir lloviendo y menos de noche por una carretera solitaria, y todo para llegar a una fiesta privada donde tendría que sonreír a un montón de tipos de ojos libidinosos que estarían pensando que con su dinero podían conseguir algo más que la imagen de Joan.

La luz de la motocicleta surgió de pronto en una maldita curva donde los pinos asomaban por ambos lados del asfalto.

Por comodidad y viendo que nadie venía en contra, Joan había estado conduciendo por el centro de la carretera. Al aparecer la luz de la solitaria motocicleta, tuvo que hacer varios giros bruscos de volante mientras pisaba el freno, pero el asfalto estaba húmedo, posiblemente porque allí no llegaba jamás el sol.

La voz de Sting seguía brotando por los altavoces cuadrafónicos cuando el deportivo, por exceso de velocidad, tomaba la curva dando bandazos. Sin llegar a tocar a la motocicleta, la muchacha se salió de la carretera.

Cruzó entre las ramas bajas de los pinos que abundaban por el espeso bosque. Se quedó sin capota mientras se sentía azotada furiosamente por los ramajes.

El coche semejaba aullar de dolor y chirriar de rabia. Rebasó una roca y luego, saltó al vacío. Volvió a caer en una fuerte pendiente entre los árboles.

Aterrada, asida al volante, Joan chilló con toda su alma mientras giraba en el aire y perdía el sentido de la orientación. Luego, la caída aplastante. El coche, con las ruedas mirando hacia el cielo, atrapó a Joan.

No perdió el conocimiento, pues no había recibido ningún golpe importante en la cabeza. No sabía si en el resto del cuerpo se había hecho daño o no, pero sí sabía lo que debía hacer de inmediato.

—Tengo que salir de aquí, tengo que salir.

Por el hueco que quedaba a su derecha comenzó a reptar estirando de sus piernas que estaban como trabadas entre los asientos y el volante. No tenía ninguna clase de luz. Se olía a gasolina.

Joan clavaba las uñas en la tierra para escapar y lo estaba consiguiendo, sólo le faltaba liberar una pierna para salir del coche destrozado cuando sobrevino la explosión. La gasolina se incendió y el tanque a medio llenar estalló como una bomba de napalm, esparciendo fuego en derredor.

Envuelta en llamas, Joan comenzó a gritar desesperadamente. El dolor era insoportable. Acababa de escapar del coche, pero convertida en una antorcha humana. Se lanzó al suelo rodando sobre sí misma cuando comenzaba a llover con una fuerza insospechada.

La lluvia apagó el fuego y Joan quedó encogida sobre la tierra, recibiendo el agua helada que las nubes descargaban sobre los bosques solitarios.

La lluvia, tal como había comenzado, cesó y Joan sentía un frío intensísimo a la par que un terrible dolor generalizado en todo su cuerpo que le impedía moverse.

—Socorro, auxilio, socorro —gemía, incapaz de moverse, y con tan poca fuerza que a tres o cuatro pasos no se la habría podido oír.

Sollozando de miedo y dolor, Joan se convencía más y más a cada instante que pasaba de que iba a morir allí donde había quedado tirada después del accidente, sin que nadie la socorriera.

Nadie la encontraría en el fondo de aquel barranco. La motocicleta seguiría su marcha sin percatarse de lo que había ocurrido al otro lado de la curva.

Estaba aprisionada entre las garras de la muerte, una de las muertes más horribles y aterradoras. Sus ropas, abrasadas en parte, se habían pegado a su piel también quemada.

Joan no se atrevía a moverse porque cualquier movimiento era una tortura inaguantable mientras un frío intenso la hacía tiritar.

«Dios mío, ¿cuánto tardaré en morir?», se preguntó quieta como una estatua para evitar más dolores de los que ya la atormentaban.

Sólo movía levemente los ojos y la oscuridad la envolvía. La lluvia había dejado de caer y sólo una débil claridad que traspasaba las nubes daba al entorno un aire fantasmal y nadie, absolutamente nadie cerca de ella.

En la finca de Nelson Huntsman se estarían divirtiendo tomando caviar y *champagne* Dom Perignon mientras se comentarían trivialidades, se harían negocios o se pactarían citas de cama entre los financieros y las jóvenes que servían para hermosear la fiesta.

Cliff estaría mirando su reloj, nervioso e impaciente, esperando su llegada. Tenía que presentarla. En realidad, era una especie de alcahuete que vendía su imagen.

—Quiero morir, quiero morir —sollozó, percatándose de que aquel estúpido accidente la había llevado al final de la autopista de su vida.

—Joooaaaan… Joooaaaan…

Los ojos femeninos buscaron en la fantasmagórica claridad de aquel bosque desconocido para ella, en el fondo del barranco donde su coche había desaparecido destrozado y medio quemado. La voz que la llamaba era como el ulular del viento, y no hacía viento.

—¿Quién me llama? ¡Auxilio, ayúdeme, sea quien sea, ayúdeme! —suplicó.

—Joooaaaan. Yo puedo ayudarteeee, si tú lo deseaaas… —ululó de nuevo la voz.

—No te veo —respondió Joan incapaz de moverse, inmersa en una agonía atroz, agonía que sólo podían conocer aquellos que habían sufrido quemaduras en la mayor parte de su cuerpo.

—Soy poderosoooo —decía la voz desconocida que sonaba como hueca—. Voy a librarte del dolor por una hora, así conocerás mi poder.

—No sé quién eres, no te veo. ¿Estoy muerta ya?

—Estás agonizando, pero tal como estás, durarás mucho, horas y horas… ¿Quieres dejar de sufrir?

—¡Sí!

—Levántate, el cuerpo no te duele ya, levántate.

La joven se levantó y con gran sorpresa comprobó que nada le dolía, podía moverse sin sentir las cuchilladas del horrible dolor en su cuerpo abrasado por la gasolina.

Se sintió ágil, casi alada, y comenzó a correr para escapar del fondo del barranco y regresar a la estrecha y traidora carretera. Se había librado de la tortura del dolor, no sabía quien la había ayudado y sentía una alocada desesperación por huir de aquel lugar.

Al querer pasar por entre los troncos de dos árboles, se golpeó contra algo liso y pulido que la hizo caer al suelo. Era como un muro impenetrable.

Todavía aturdida por el golpazo que acababa de darse, se levantó de nuevo para reiniciar la huida en busca de la carretera cuando descubrió la superficie lisa contra la que acababa de chocar.

—¡Un espejo! —exclamó sorprendida.

Pese a la escasa luz de la noche nublada, se pudo ver con completa nitidez, como si ella misma despidiera luz.

Quedó atónita, no conseguía reconocer aquella imagen, y no podía porque jamás la había visto.

Si la belleza en el ser humano es la conjunción de muchas perfecciones o pequeñas imperfecciones que al final conformaban un ser hermoso, la imagen que reflejaba el espejo era el horror.

Casi desnuda, pues sus ropas habían ardido, la piel aparecía chamuscada en grandes partes del cuerpo. Los cabellos estaban quemados y el rostro desfigurado formaba una máscara horrenda más propia del mundo de los cementerios que de los pueblos vivos.

Se llevó las manos al rostro, unas manos también quemadas. El

espanto inundó sus ojos y el rictus de sus labios, retorcidos por las quemaduras.

Lo primero que brotó de su garganta fue un gemido que se fue transformando en chillido de espanto y que traspasó todo el bosque como un dardo de hielo.

Saltó hacia atrás y trató de huir en otra dirección, pero topó de nuevo contra otro espejo en el que volvió a ver su imagen horrible y desfigurada, una imagen que no podría pasearse por el mundo de los vivos sin causar horror y rechazo.

De la tierra, por todas partes, semejaban surgir los espejos en la noche para que Joan no, escapara a la visión.

La joven retrocedía dándose golpes, cayendo y volviendo a levantarse, escapando del horror que le producía verse reflejada en aquellos espejos que surgían por todas partes, impidiéndole escapar a su realidad física.

—¡Quiero morir! —gritó, clavándose las uñas en la cara, como queriéndose arrancar la carne que conformaba la máscara que la convertía en un ser tan horrible que ella creía nadie soportaría mirarla.

—Joaaan… Joaaan —volvió a llamar la voz desconocida que, a distancia, podía confundirse con el ulular del viento.

Se volvió, percatándose de que se hallaba frente a un pequeño lago de aguas negras. Quizás de día, con la luz del sol, fuera un pequeño lago azul, pero en aquella noche siniestra, el lago era tenebroso y por debajo de su superficie se movían dos grandes ojos que no pretendían aflorar, pero que desde el interior de las aguas, la miraban inquisitivos.

—¿Quién eres? —le preguntó Joan.

—Soy Sel, y te ofrezco volver a ser la que eras.

La voz venía de la superficie del lago mientras los grandes ojos se mantenían fijos, mirándola.

—¿Cómo puedes ofrecerme mi belleza, si está quemada? —le preguntó, sollozando de desesperación.

—Sí, tu belleza se ha quemado. Tus amigos, tus admiradores, ya no pueden reconocerte, ni siquiera inspiras lástima, sólo horror. Yo te he quitado el dolor, Joan.

—¡Quiero morir!

—Eso es fácil. Puedes morir ahorcándote, lanzándote al lago o

devolviéndote yo ese dolor que tus carnes quemadas han de sentir, será una agonía insoportable, pero cuando te encuentren ya estarás muerta. Quizás te hagan fotografías para que el mundo vea por comparación la que fuiste y lo que ha quedado de ti después del accidente. La gente es morbosa y está llena de envidia.

—¡Nooo, nooo!

—Te queda poco tiempo. El dolor volverá a ti cuando se termine el plazo y no podrás soportarlo. Desearás la muerte y nada podrás hacer para acelerarla. Es una lástima, joven como eres, hermosa como fuiste… Eres libre de escoger ser la que eras hasta hace apenas una hora o quedarte aquí hasta la muerte.

—¿Qué me pides que haga, Bel, qué me pides? Sin duda eres un ser del infierno.

—Habrás de considerarme tu amo y señor, entregarte a mí, rendirme pleitesía. Luego, volverás a ser la que eras o más bella aún, más sensual. Enloquecerás a todos los hombres y podrás aceptar sus favores o despreciarlos, según te apetezca.

—¿Cómo puedo hacer lo que me pides? —preguntó, temblándole los labios de miedo.

—Arrodíllate. Inclínate y camina como hembra de animal que eres.

Vacilante, Joan se arrodilló frente al lago en el que estaban sumergidos los siniestros ojos del ser infernal que decía llamarse Bel.

Puesta a gatas, sumisa pero gimiendo de miedo, Joan comenzó a avanzar hacia las tenebrosas aguas del pequeño lago que se hallaba al fondo del barranco en el que había caído.

—¿Qué hago ahora? —preguntó cuando sus manos se hundieron en las frías aguas.

—Sigue adelante, ven a mí, sumérgete en las aguas.

—Sí, sí, lo que tú me pidas.

A gatas, la mujer siguió avanzando hasta hundirse en las aguas y desaparecer bajo ellas.

Se hizo un silencio absoluto en torno al lago. Ni un grillo ni el croar de una rana, ni siquiera el crujido de la rama que se rompe por el avance de alguna bestezuela, nada.

De pronto, las aguas del pequeño lago se agitaron con violencia, como si hirvieran en su fondo, mientras un grito emergía de ellas

espantando a los pequeños seres vivos que allí vivían.

A lo lejos, unos lobos llenaron la noche de quejumbrosos aullidos.

CAPÍTULO II

La fiesta languidecía en la espléndida finca del industrial Nelson Huntsman.

En las habitaciones para invitados, algunos comenzaban a roncar y otros, a hacer el amor con su ligue nocturno, chicas preparadas para tales cometidos.

A ellas se les había dicho que allí tenían posibilidades de ser fichadas por algún productor y a ellos se les decía que eran chicas que podían ser importantes en la publicidad y la televisión, todo un engaño en el que realmente nadie iba engañado.

El efecto de la «nieve» no había bastado para disimular el malhumor de Cliff, le había faltado locuacidad y simpatía.

—¡Cliff!

Se volvió con una copa de *champagne* en la mano. Aguantaba bastante bien el alcohol, pero mezclar la burbujeante bebida con la «nieve» podía resultar peligroso y él lo sabía.

—Ah, hola, Nathaly. Creí que te habías ido ya.

—Sí, pero he vuelto. Ven, ven aprisa.

Nathaly era una mujer todavía hermosa, de unos cuarenta años, pero vistiéndose como lo hacía y cuidándose con esmero, pasaba por treinta. Vestía de oscuro, solía llevar «complets» y así disimulaba que estaba maciza, algo más pesada que la mayoría de las chicas que contrataban para las fiestas.

—¿Qué quieres, adonde me llevas? Nathaly condujo a Cliff a una de las muchas habitaciones que tenía la hermosa finca campestre. Tumbada en la cama con su vaporoso vestido rosa fucsia, había una bellísima mujer.

—Joan, ¿qué ha sucedido? —inquirió Cliff mirando a Nathaly.

—Tranquilo, está descansando, ha tenido un accidente de

carretera. Hay que dar parte a la policía, su coche está al fondo del barranco.

—¿Ha muerto alguien? —inquirió preocupado.

—No, iba ella sola, venía hacia aquí. Por suerte no le ha sucedido nada, sólo algunas magulladuras. Yo regresaba cuando la he visto en la carretera y como estaba más cerca de aquí que de cualquier otro lugar habitado, he dado la vuelta como he podido porque la carretera es infernal, y la he traído.

Cliff, que era un hombre más bien delgado y alto, vestía siempre elegante. Con sienes y bigote plateado, estaba en los cuarenta largos, no era ningún joven inexperto. Había pasado por muchas situaciones difíciles a lo largo de su vida y sentía un extraordinario interés por Joan, muy por encima de las otras chicas que tenía fichadas en su agenda de publicidad.

—Cliff, Cliff —exclamó de pronto Joan, incorporándose en la cama para abrazarse al hombre casi sollozando.

Los brazos de Cliff la rodearon, apretándola contra sí.

—Tranquila, estás aquí, estás bien.

—He estado a punto de morir abrasada, ha sido horrible, horrible. Todo por tu culpa…

—¿Mi culpa?

—Sí, la carretera es horrible y de noche…

—La carretera es mala —admitió Nathaly tras ellos—, pero si no hubieras ido aprisa…

—Quizás tengas razón, pero Cliff decía que me esperaban.

—Sí, pero no quería que corrieras ningún riesgo —le dijo Cliff—. Bien, lo importante es que no te ha sucedido nada, quiero decir nada grave.

—Quiero estar en la fiesta aunque ya se esté apagando.

—De acuerdo, todavía quedan algunos tipos Importantes que sería bueno conocieras o que te vieran —asintió Cliff—. El asunto del coche ya lo solventará la aseguradora.

—Ve, ve con los demás, ahora bajo. Nathaly me acompañará.

—Yo ya me iba —dijo Nathaly, pero sonrió complaciente.

Cliff abandonó el cuarto tras pedirle a Nathaly:

—Cuídala, es la mejor modelo que tenemos. Si ella quisiera, le haríamos contrato en exclusiva.

Nathaly entregó a Joan su bolso de mano.

—Te has descuidado esto en el coche.

—Ah, gracias. Por lo menos no se ha perdido todo en el accidente.

—Lo más importante es la persona, no quiero ni pensar lo que hubiera podido sucederte. En una ocasión vi a un accidentado con quemaduras y fue horrible.

—Por favor, no me hables de eso ahora, me coge frío por todo el cuerpo.

Joan abrió el bolsito de mano y sacó la cadena de oro y el colgante de jade que representaba la cabeza de un dragón. Lo oprimió dentro de su mano y luego se colgó la cadena del cuello, haciendo que la cabecita de dragón quedara entre sus atrayentes pechos.

—Aunque sea una joya valiosa, esa cabecita de dragón no es atractiva —opinó Nathaly.

—Es cuestión de gustos.

—A los hombres no les va a agradar.

—Si no les gusta, mirarán hacia otros sitios —replicó con picardía.

Nathaly alargó su mano para tocar la cabecita de dragón. Apartó luego los dedos de la joya y dejó que éstos resbalasen por encima del abultado y turgente pecho de Joan que no se movió.

—Eres preciosa, Joan.

—¿Tú crees?

—Sabes que diseño modas y estoy acostumbrada a ver muchas modelos. Los hombres son como cerdos, no merecen algo tan hermoso.

—Será mejor que me arregle un poco.

Al ver que se alejaba hacia el cuarto de aseo de la *suite*, Nathaly le dijo:

—Si alguna vez te sientes sola, llámame.

—De acuerdo. ¿Tienes algo para retocar los ojos? En el coche he perdido mis cosméticos.

—Sí, claro.

Joan, acompañada de Nathaly, no tardó en aparecer en el gran salón donde ya no quedaba mucha gente. Se habían formado grupitos muy aislados y se hablaba en voz baja, cansina, algo gangosa por la bebida, entremezclándose de vez en cuando alguna

carcajada cansada.

Poco a poco, cesaron las voces. Los hombres se fueron volviendo hacia Joan, pues Nathaly, a su lado, era como si no existiera para las miradas masculinas.

Joan, que tuvo un principio de nerviosismo e inquietud, captó de inmediato la atracción que despertaba sobre los hombres.

Se sintió segura. Era como si toda ella estuviera rodeada de un aura que hiciera invisible todo cuanto no fuera ella misma.

—Joan, ven, quiero presentarte a mister Huntsman y a otros amigos —le dijo Cliff yendo a su encuentro.

Nelson Huntsman, con un vaso alto en la mano, sonrió ampliamente. Era un hombre alto y fornido, de manos gruesas, acostumbrado a conseguir cuanto se proponía.

—Me había dicho que tenía una modelo excepcional, pero es mucho más. Al mirarla, queda uno fascinado.

—Gracias. Cliff se empeña en que haga de modelo, pero yo prefiero ser actriz.

—Haga lo que haga, seguro que alcanza el éxito. Cliff, tiene usted una joya.

Cliff sonrió.

Joan puntualizó:

—Yo no soy de nadie, sino de mí misma.

El tal Huntsman miró levemente interrogante a Cliff y éste, con un aire algo displicente, explicó:

—Soy su representante, pero como es polifacética, no se decide a firmar un contrato en exclusiva.

—A lo mejor es que no le paga suficiente —opinó Huntsman.

—Yo creo que le consigo buenos contratos.

—Mister Huntsman puede tener razón —intervino Joan—. Es posible que yo desee ganar algo más.

—Todo se intentará —rió forzadamente Cliff pues aquella conversación no le convenía ni le agradaba.

Nathaly puntualizó:

—Es posible que aún no sea suficientemente conocida para cobrar el máximo.

—Mi compañía está preparando una campaña a gran escala y Joan podría ser el motor de esa campaña: Carteles, revistas, televisión. Si me ha fascinado a mí, por fuerza tiene que fascinar a

mucha gente, a millones de potenciales compradores de muebles Huntsman.

—Es posible que me interese participar en esa campaña. ¿No crees, Cliff?

—Sí, creo que sería bueno para todos. Tienes una imagen poco quemada y darás un buen impacto.

Huntsman insistió:

—Es bellísima.

—Pues, creo que es conveniente que sepa que ha salido ilesa de un accidente de automóvil mientras venía a esta fiesta —explicó Cliff.

—¿Ha sido grave el accidente? —preguntó Nelson Huntsman, Interesado.

—Sí, mi coche está al fondo del barranco y quemado. Yo he salido bien parada porque debía protegerme el diablo.

—¿Qué dices, querida? —intervino Nathaly, que había quedado en todo momento ensombrecida por la radiante belleza de Joan—. Será porque Dios lo ha querido.

—Quizás Joan tenga razón —opinó Huntsman—. El diablo protege a las mujeres hermosas porque las utiliza para hacer pecar a los hombres. ¿No es eso, Joan?

—Quizás, quizás.

—¿Y esta cabecita de dragón es la imagen de ese diablo que la protege? —preguntó el industrial cogiendo la joya entre sus dedos sin que Joan se apartara.

Cliff trataba de disimular su nerviosismo. Comenzaba a molestarle la insistencia del industrial por acercarse a Joan, pues se veían muy claras sus Intenciones y las de los demás hombres que la rodeaban.

Joan no hubiera estado más asediada si de repente apareciera en un campamento minero cuyos hombres hubiesen permanecido aislados durante meses sin ver a una mujer.

CAPÍTULO III

Bart Grower entró en el estudio fotográfico de Dean cuando el fotógrafo estaba en plena sesión; sabía que no debía molestarle mientras: trabajaba.

Dean era un artista con las máquinas de fotografiar. Tenía dos cámaras montadas sobre trípodes y otras dos entre sus manos, colgadas con correas del cuello para usar una u otra según le conviniera.

Los focos estaban bien dispuestos con pantallas blancas de reverberación para matizarlos. El fondo del plato era una gran pantalla semicircular en la que iban apareciendo distintas proyecciones: Jardines con columnas griegas, fondos de mansiones, prados inmensos, la ciudad de noche, el interior de una discoteca con sus bombardeos de luces.

Cualquier escenario podía aparecer reflejado; en aquella pantalla o simplemente quedar blanca, azul, roja, amarilla o jaspeada, todo era posible en aquel sofisticado plato donde el ordenador y la electrónica tenían mucho que ver.

Allí estaba Joan evolucionando con elegancia y como si tuviera luz propia. Su vestido de gasa casi transparente dejaba claro que entre la tela y la piel de la modelo no había nada más y cambiaba de color según los focos.

—Es maravillosa, ¿verdad? —opinó más que preguntó el técnico de iluminación que observaba los movimientos de la bella modelo.

—Sí, creo que no he visto nunca una mujer tan hermosa —dijo Bart Grower.

De pronto, los ojos de la modelo se clavaron en los suyos. El recién llegado era un hombre joven, alto, de anchos hombros, un hombre de facciones agradables, quizás con un exceso de mentón.

Despedía fuerza por todos sus poros; sin embargo, sus ojos color miel eran tranquilos y acariciadores en opinión de las mujeres que se miraban en ellos.

—Joan, hacia la izquierda, gira, gira —pedía el fotógrafo, un tipo delgado, pequeño y feminoide, muy activo y amanerado.

La mujer obedecía, pero sus ojos azul verdosos seguían buscando a Bart Grower que tampoco apartaba su mirada de ella.

—Será mejor que la olvide, Grower, esta mujer es bocado exquisito. Su manager está loco por ella y el industrial que la ha contratado hará lo posible e imposible por acostarse con ella, claro que yo también lo intentaría aunque sólo tuviera una posibilidad entre raíl.

Bart Grower no decía nada, se limitaba a mirar y así terminó la sesión fotográfica. Joan descendió del plato y fue hacia Grower. Alzó sus brazos y le rodeó el cuello con ellos ante la sorpresa del electricista y el propio fotógrafo.

Joan acercó sus labios a la boca de Bart y lo besó con calculada suavidad, con lúdica provocación.

—Tu nombre debe comenzar por «B» —dijo sin apartar sus ojos de él.

—Ajá —respondió él.

—Basil, Bob —fue diciendo, como dubitativa—. No, no, tú te llamas Bart.

—¿Te lo ha dicho alguien?

—No.

—Entonces, será que eres un poco bruja.

—Seguramente —admitió ella—. En alguna ocasión que tenga tiempo libre, puede que salga contigo.

Bart Grower tuvo entonces una reacción muy viril. La cogió por los brazos, la alzó levemente, la acercó hacia sí y la besó con fuerza, como si quisiera devorar su boca. Ella aguantó la fuerte caricia sin entregarse a ella.

—Saldrás conmigo cuando yo te lo diga.

Los ojos de Joan se transformaron, ahora eran claramente desafiantes.

—No me gusta que me sometan y tampoco me gustan los «machos» que presumen de someter a las mujeres. Olvídame.

Dio media vuelta como si fuera etérea, como si las gasas le

ayudaran a despegar sus pies del suelo. Se alejó cuando Bart Grower tuvo el instintivo deseo de alargar su mano para cogerla e impedir que se marchara, pero reprimió su impulso y Joan se fue hacia su camerino.

—Hola, Bart, encanto —le saludó el fotógrafo Dean. Señalando hacia donde había desaparecido Joan, le dijo—: Olvídala, esa chica va a volar muy alto, te lo digo yo. Tiene mucha clase y algo que no sé cómo definir, atrae a los hombres como los ojos de una pitón a los monos en la selva.

—¿Quién es?

—Se llama Joan, es suficiente. La lleva Cliff y está contratada para una campaña de publicidad de muebles en serie, pero esto sólo será el principio, ya lo verás. Si tuviera un par de millones, yo la contrataría en exclusiva me haría rico.

—Daría la paga de la semana porque me besara como lo ha hecho con usted —confesó el luminotécnico que se alejó hacia los focos para seguir con su trabajo.

—La verdad es que le has caído bien. Eres muy guapo, Bart.

—Vamos, Dean, no empieces con tus puñetas.

—¿Por qué con los tipos como tú nos han de ganar la partida las mujeres como Joan? —dijo, entre riendo y quejoso, con el amaneramiento y la voz aflautada que le caracterizaba.

—¿Vas a decirme algunas cosas más sobre esa mujer, Dean?

—Te lo repito, mejor la olvidas. Ella es ahora mi trabajo y un trabajo bien pagado. Si sale como espero, vendrán otros. Esa mujer es una mina de oro, déjala en paz. Tú eres un escritor que quizás dentro de veinte o treinta años te harás famoso, ahora escribes para darte a conocer y haces *slogans* publicitarios para comer, sigue así y te irá bien en la vida. A esa mujer déjala en paz, os podéis hacer daño mutuamente. A Joan no le conviene enamorarse y enamorarse de ti, como de ella, es fácil, no para mí, claro. Esa mujer, al aparecer en las fotografías y en la televisión, tiene que enamorar a todos, eso es lo que esperan quienes le pagan, pero hay un peligro.

—¿Cuál?

—Que las mujeres, en vez de querer parecerse a ella, lo vean como imposible y lleguen a odiarla.

—Una mujer como Joan y un hombre como yo se pueden entender si ambos saben aceptar que no serán exclusivos el uno del

otro.

—Eso de la exclusividad en el amor —ironizó Dean—, unos creen que se puede pasar por alto al principio de las relaciones y otros, lo piensan mucho después, cuando quitarse los cuernos es más problemático que llevarlos con resignación y pragmatismo.

Joan abandonó el estudio con rapidez, sorprendiendo a Bart Grower al que lanzó una mirada desde lejos, sin darle tiempo a ninguna aproximación que, de haberse producido, el propio Bart Grower sabía que habría sido un fracaso.

—¿Has traído los diálogos y los slongans?

—Sí, algunos.

—No te duermas si quieres recibir el cheque, a los guapos como tú tampoco hay por qué mantenerlos gratis. Oye, ¿por qué no dejas que te haga unas pruebas?

—No es ese mi camino profesional, Dean.

—Ganarías un dinerito, más que haciendo los textos para publicidad.

Bart Grower no tenía prisa por marcharse y consiguió Introducirse en el laboratorio de revelado de Dean donde no solía dejar entrar a nadie porque lo consideraba su sanctasanctórum, el lugar donde veía su trabajo por primera vez, un trabajo que en no pocas ocasiones era secreto para que los competidores no le quitaran sus primicias, sus ideas que luego podían transformarse en éxitos de impacto publicitario.

—Cliff tenía a esa chica como en las sombras. La llevó a una fiesta donde se fijaron en ella todos los que pueden hacer publicidad a lo grande y ya está lanzada. Cliff está tratando de cogerla en exclusiva, pero ella no se deja.

—Es como una gata.

—Más o menos, no quiere que la sometan del todo, quiere su libertad. Ahora, vamos a ver estas preciosas fotos…

Comenzó a silbar contento mientras la imagen de Joan se iba perfilando.

—Vaya, parece que se ha estropeado la foto —gruñó Dean frunciendo el ceño.

—Pero, tienes más ¿no?

—Sí, claro, pero es extraño, el revelador es nuevo y el fijador también, y no creo que haya salido malo el carrete. Es muy raro,

porque el resto de la fotografía está bien.

—Es horrible —opinó Bart—. Si ella la viera, te sacaría los ojos con las uñas.

Dean tomó la foto con las pinzas para sacarla de la cubeta. La sostuvo en el aire para observarla mejor y dar una opinión profesional.

—Esto no es una mancha, ni en la película ni en el papel.

—Todo está bien, pero su rostro es horrible, como si se hubiera quemado. Fíjate, no tiene ni cabellos.

—No lo entiendo —admitió el fotógrafo. Mirando a su amigo el joven escritor, exigió: De esto, ni una palabra a nadie, ¿eh?

—No, claro que no.

—Si ella viera esto, jamás volvería a subir a mi plato. No comprendo como he podido hacer esta fotografía si ella es tan hermosa, tan sugestiva, aunque a mí me guste más la fiebre del sábado noche contigo.

—Fíjate en las manos, también se ven como quemadas. Es una fotografía horrenda, como si la modelo se hubiera quemado viva, pero eso es imposible, la hemos visto bien en el plato.

Febrilmente, Dean comenzó a revelar el resto de las fotografías hechas con cuatro cámaras distintas, todas ellas de gran calidad. Ambos miraban ávidos las fotografías que iban dejando ver la imagen de Joan.

—Todas igual, todas con la misma cabeza horrible y monstruosa.

—Sí, todo el trabajo a la mierda —se lamentó el fotógrafo. Dejándose caer sobre el taburete, apoyó los codos sobre la mesa de trabajo en la que se amontonaban las fotografías todavía húmedas, pues no se habían preocupado ni de colgarlas en el secadero.

—Esto es muy importante para ti, ¿verdad? —preguntó Bart poniendo una mano en la espalda del fotógrafo como pretendiendo consolarle.

—No, no es el trabajo definitivo. La sesión de hoy sólo era para conocerla mejor, para ver sus lados buenos y controlar la absorción de luz. Hay bellezas que en las fotos aparecen como oscuras, mates, sin brillo, y otras son especialmente luminosas. Yo esperaba que Joan sería de estas últimas. Ya sabes que las nenas no son mi debilidad, pero esa mujer es especial y luego, ya ves, todo a la mierda, porque una cámara puede fallar, pero las cuatro no y

¿quién se atreve a decirle a Cliff que esa beldad no sirve?

—¿Estás seguro de que esa misma imagen se repetirá en cualquier otra fotografía que se le haga a Joan?

—Tengo la corazonada de que sí, es una de esas cosas inexplicables en la vida. La verdad, no lo entiendo. ¿Conoces algo de parapsicología?

—¿Parapsicología? —repitió Bart perplejo.

—Sí. Bueno, yo nunca he creído en esas estupideces, pero he oído decir que ciertas mentes pueden distorsionar una fotografía mientras se hace. No serás tú un «*psimissing*» de ésos, ¿verdad?

—No creo. —Bart sonrió algo burlón—. Es evidente que ha sucedido algo extraño —comentó mientras seguían encerrados en el laboratorio con las luces rojas, cuando ya no era preciso tomar esa precaución, pues los revelados ya estaban conseguidos. En el aire flotaban los vapores nada agradables de los líquidos utilizados.

—De momento te recomiendo que no le cuentes nada de esto a Cliff.

—Tengo que hacerlo, me exigirá las pruebas.

—Di le que estabas revelando, he entrado yo en tu laboratorio y he hecho esto… —Acercándose al interruptor lo movió de modo que el laboratorio quedó lleno de luz—. Y las películas a hacer puñetas.

—¿Por qué quieres echar las culpas sobre ti?

—Será porque me caes bien.

—Me haces feliz, Bart, muy feliz, pero no puedo hacer lo que me pides.

—¿Por qué no?

—Tarde o temprano se descubrirá el pastel. No pueden seguir confiando en esa chica como modelo, no sirve, ya ves lo que sale en las fotos.

—Si lo cuentas, te van a encerrar en un manicomio.

—Eso también es verdad, pero si lo digo y Cliff o ella me llevan a los tribunales, podré demostrar que esto sucede, que en la realidad ella es muy hermosa, pero que en foto sale horrenda. Fíjate, cuesta mirarla, es como contemplar un cadáver a medio carbonizar.

—Imagínate que ante un juez, otro tipo hace fotografías de Joan y salen bien.

—¿Cómo?

—Podría ocurrir, ¿no? Si ha sucedido algo inexplicable, ¿quién te asegura que vaya a repetirse forzosamente?

—¿Quieres volverme loco?

—No, pero esos fenómenos parapsicólogos a los que tú hacías alusión en ocasiones funcionan y otras no.

—No me jodas. Si me hacen esa cerdada, es mi fin.

—Sí, sería tu fin, por eso te conviene tomar precauciones.

—Bart, me estás liando, ¿qué te propones? Los guapos como tú me vuelven loco, pero no hasta el punto de pegarme un tiro en la sesera.

—¿Cuándo tienes que hacer la próxima sesión fotográfica con ella?

—El martes próximo.

—Tienes una semana por delante. No muestres a nadie estas fotos y antes de abrir la boca, haz de nuevas, cambia las máquinas, pon material de diferentes marcas, no sé, lo que se te ocurra, pero que no se repita físicamente lo que ha sucedido hoy. Incluso, hasta puedes buscar exteriores en vez de fotografiarla aquí dentro. Asegúrate bien antes de declarar lo que estamos viendo si hay tanto dinero metido en esta campaña de publicidad.

—Sí, creo que tienes razón, hay que tomar precauciones. ¿Quién iba a pensar en una cosa semejante? No me había ocurrido jamás.

—No hagas nada, espera a la próxima sesión, y vas a darme el teléfono de la modelo.

—¿Qué te propones?

—Ayudarte —le dijo, controlando una sonrisa que pugnaba por escapar de su mente.

Alargó su mano para coger una de las fotos, pero Dean le cogió por la muñeca, impidiéndoselo.

—De aquí no sale ninguna de estas malditas fotos.

—Lo entiendo, es bueno que tomes precauciones, pero yo no iba a traicionarte, ya sabes que me caes bien.

—Me gustaría caerte mejor…

CAPÍTULO IV

Discretamente, Joan miró la esfera de su reloj de oro, un reloj automático con esfera convencional.

Pensó que llegaba algo tarde y, por otro lado, no estaba a gusto consigo misma. Hubiera preferido no aceptar aquella invitación.

Apenas acababa de pulsar el llamador musical cuando se abrió la puerta y apareció Nathaly, cuidada y elegante como siempre. Sonreía y sus ojos miraron con ansiedad y algo más a la joven y bellísima Joan.

—Había mucho tráfico y…

—Pasa, pasa.

Nathaly la empujó hacia el interior del gran y confortable apartamento donde vivía sola, apartamento en el que en aquellos momentos concurría un grupo de mujeres, casi todas jóvenes, que al aparecer Joan en el salón cantaron en su honor «es una chica valiente…»

Cerraron la canción con aplausos y Joan confesó:

—Me emocionáis.

No tardaron en llenarla de besos y abrazos.

—Gracias, Nathaly —dijo Joan a la dueña del apartamento, que fue la última en besarla.

—Ya ves, una pequeña fiesta íntima, sólo mujeres.

—De ti no podía esperar otra cosa.

Nathaly cogió a Joan por la espalda como arropándola y la condujo hasta el sofá grande donde la hizo sentar y ella se acomodó a su lado.

—Debió ser horrible —dijo Liz, sentándose junto a Joan.

—Sí, pero prefiero olvidarlo, mejor no me lo hagáis recordar.

Nathaly comentó:

—Se rumorea que vas a ser la figura del año.

—Eres la más bonita —opinó Liz, una pelirroja con un busto espectacular.

—Vais a avergonzarme.

—Bueno, no será tanto —intervino Martha—. Yo tengo unos suculentos contratos para televisión. Además, tú eres nueva, en cierto modo una desconocida.

—Pero, la conocerán todos y pronto —aseguró Nathaly.

—O sea, que te lleva Cliff —siguió diciendo Martha, una magnífica morena de largos cabellos y aire exótico.

A Nathaly no le gustó aquel pequeño enfrentamiento propiciado por Martha, temerosa del ascenso de Joan en la profesión.

—Voy a la cocina, ahora vuelvo.

Nathaly se alejó y las siete mujeres que participaban en aquella fiesta en honor de Joan que se había salvado del accidente, se quedaron cambiando impresiones.

Ya en la cocina, Nathaly tomó la tarta entre sus manos y la puso sobre una amplia bandeja de acero inoxidable. Descorchó una botella de *whisky* que tenía reservada para la ocasión y escanció el licor sobre la tarta. Luego, regresó al saloncito.

—¡Tachin, tachin!

Todas miraron hacia la tarta, los rostros se alegraron.

—Nathaly, te has pasado —le dijo Joan.

—Como acabas de nacer, una tarta en tu honor, como todavía no cumples el año de tu nueva vida, no hay vela, pero…

La mano de una de las mujeres que estaba en la sorpresa apagó las luces dejando el salón a oscuras. Nathaly raspó un fósforo que ya tenía dispuesto y encendió la tarta para flambearla en la oscuridad.

El alcohol del *whisky* prendió rápidamente y las llamas azuladas se elevaron envolviendo la tarta por completo. Se creó un pequeño infierno azulado en mitad del saloncito, un fuego que fascinó los ojos de las mujeres que se hallaban a su alrededor, salvo a Joan que comenzó a gritar despavorida.

Ante los gritos de terror, se apresuraron a encender las luces.

Nathaly se abalanzó sobre Joan que se ocultaba el rostro con las manos, retorciéndose en el sofá. Mientras, soplando entre dos, apagaron las llamas de la tarta.

Los gritos de Joan no cesaron hasta que se puso en pie. Nathaly y Liz en vano trataban de calmarla.

—¡Nunca te perdonaré esto, nunca! —le espetó Joan a Nathaly, casi le escupió, mientras tomaba su abrigo y corría hacia la puerta. Escapó del confortable apartamento dando un violento portazo.

Nathaly, sombría, quedó con sus ojos clavados en la puerta que acababa de cerrarse. Las demás mujeres también se mostraron afectadas por lo ocurrido.

Nadie se acercaba a la tarta apagada. Había sido un pequeño infierno en la oscuridad que había desatado los terrores de Joan.

—Olvídala —pidió Martha a Nathaly, poniéndole una mano entre hombro y espalda, dando fuerza a una aparente amigabilidad —. El accidente la ha trastornado.

Nathaly se quitó de encima aquella mano con cierta frialdad.

—A cualquiera de nosotras también la habría trastornado. El error ha sido mío al no pensar que la visión del fuego la afectaría.

—No es para tanto —opinó Liz—. Todas hemos visto coches ardiendo en las películas.

—No es lo mismo verlo en una película que ver arder tu propio coche y pensar que podías haber estado dentro.

Joan, muy afectada, viajó en un taxi que la devolvió a su apartamento donde vivía en soledad. Todavía bailaban en sus retinas las llamas surgidas de la oscuridad, el pequeño infierno creado por Nathaly para darle alegría, cuando jamás podría alegrar el espíritu de Joan la visión del fuego.

Abrió al máximo el grifo de la bañera y el agua caliente brotó a chorro contra la porcelana rosada.

El cuarto de baño era espacioso y olía de maravilla. Los aromas de las sales perfumadas, envueltas en el vapor que ascendía, ayudaban a descongestionar sus vías respiratorias después de tragar el aire sucio y viciado de la metrópolis.

Se miró en el espejo que reverberó su bella desnudez.

Como si tuviera dudas, Joan se escrutó a sí misma. Observó todas sus curvas, sus pechos que parecían haber aumentado en belleza. Eran más grandes y erguidos, de pezones más intensos de color.

Imaginaba que cualquier hombre hubiera deseado tener aquellos pechos entre sus manos, entre sus labios, y habría notado su

turgencia hasta enloquecer.

Veía su cintura como más estrecha, su abdomen más tenso, las curvas de sus caderas más anforadas y las nalgas ofreciendo una incitante redondez que atraía poderosamente las miradas masculinas. Buscó en el espejo hasta los poros de la piel de su rostro.

—Soy bella, soy bella.

Ocultó los cabellos en el gorro de plástico y se sumergió en la perfumada bañera, notando el calor del agua en su cuerpo. Cerró los ojos y vaharadas sensuales la envolvieron, produciéndole incontrolables ensoñaciones.

En su imaginación, un hombre fuerte y joven se le acercó, difuminado su rostro por los vapores que semejaban aumentar, como si se hallara dentro de una sauna, pero sí podía ver la anchura de los hombros de él, su vello en el tórax ensortijado.

Él entró en la bañera y, a horcajadas, se inclinó sobre ella. Joan sintió que le faltaba la respiración, pero no apartó de sí la ensoñación que la ahogaba.

Deseaba sentir al hombre más y más cerca, que su tórax velludo aplastara sus pechos de pezones erguidos, ofreciendo placeres sin límite. Ansiaba sentir presionados sus muslos de piel suave, deseaba ser libre y al mismo tiempo ser estrechada sin posibilidad alguna de escapar a la fuerza del desconocido.

Algo que cayó sobre su rostro la sobresaltó, obligándola a abrir los ojos y rompiendo la erótica ensoñación.

Al llevarse las manos a la cara para protegerse de lo que había caído sobre ella, cogió entre sus manos una cadenita. Abrió los ojos y vio ante sí la cabecita del dragón de jade. Rápidamente, miró en derredor. Estaba sola en el cuarto de baño. ¿Cómo podía haber caído sobre su rostro la joya amuleto?

Más asustada que preocupada, salió de la bañera. Se puso el albornoz, más por secarse que por cubrir su desnudez y salió del baño para mirar en su alcoba y en la salita, únicas piezas que junto con el cuarto de aseo componían el pequeño pero confortable apartamento.

Frunció el ceño. Tenía la impresión de no estar sola.

De súbito, en su mente brillaron dos ojos sumergidos en la negritud de unas aguas profundas, ojos grandes que la miraban con

maligna fijeza.

El sonido del teléfono, que recordaba a una exótica ave amazónica llamando con intermitencia a su pareja, borró el pensamiento no deseado. Desconectó el automático que era quien solía recibir las llamadas en su ausencia y también estando ella en el apartamento. De esta manera, seleccionaba a quienes debía responder.

—¿Diga?

—¿Joan?

La voz masculina era segura y bien timbrada, una voz que sonó agradable en los oídos de la mujer.

—¿Quién es? —inquirió recelosa mientras la moqueta se iba empapando de agua en torno a sus pies.

—Soy Bart Grower. Nos vimos ayer en el estudio de Dean.

—Ah, pues muy bien.

Y colgó el aparato, regresando al baño. Se quitó el gorro de plástico sacudiendo sus largos cabellos trigueños y secando su cuerpo con una gran toalla.

De nuevo sonó la llamada electrónica del teléfono y Joan esbozó un gesto de disgusto por no haber colocado el contestador automático.

—¿Diga? —preguntó, descolgando de nuevo.

—Dame una oportunidad, te estoy llamando desde el coche. Estoy aparcado en el paso de peatones. Cuando venga un policía, me multará.

—¿Qué es lo que quieres?

Mientras esperaba la respuesta, Joan tomó el teléfono con la mano y se acercó al ventanal todo lo que le permitía el cable. Efectivamente pudo ver un automóvil rojo estacionado en el paso de peatones. Lloviznaba ligeramente y los cristales comenzaban a perlarse, haciendo difícil la visión hacia el exterior.

—Me gustaría que me convidaras a una copa. Prometo ser formal hasta donde me permitas.

Joan estuvo a punto de replicar con viveza y colgar después el teléfono, pero de pronto se sintió agobiada por la opresiva soledad de su apartamento, cuando antes nunca había experimentado aquella sensación que quizás más que soledad era indefensión.

—No te conozco —respondió con firmeza.

—Eso se puede solucionar rápido.

—Tienes media hora para estacionar tu coche, no subas antes. —Y colgó.

Exhaló un profundo suspiro. Devolvió el teléfono a la mesita donde solía estar y conectó el contestador automático para no verse obligada a responder de nuevo.

El baño la había calmado mucho respecto a la desagradable visión de la tarta envuelta en llamas, pero tenía el espíritu turbado por la joya amuleto. Sacudió la cabeza, más que para airear y esponjar sus cabellos, tratando de ahuyentar pensamientos negativos.

A la media hora justa, con puntualidad suiza, llamaron desde el portal del edificio.

Joan terminaba de acicalarse frente a un espejo, moldeado su elástico cuerpo dentro de un ceñido complet azul brillante. No era el color más provocativo, pero ella se sentía bien.

Por el videófono vio al sonriente Bart Grower y le franqueó el cierre automático. Esperó a que se introdujera en el edificio, tomara el ascensor, subiera hasta el sexto piso y se acercara a su puerta que ya estaba entornada.

Bart titubeó ligeramente y de detrás de su espalda sacó una rosa rojo-terciopelo de tallo largo que casi era un capullo.

—Toma esta ganzúa.

—¿Ganzúa? —repitió la muchacha, algo extrañada, con la rosa en la mano.

—Sí, sirve para abrir las puertas más resistentes y estrechas.

—Adelante, aunque sería más prudente no dejarte pasar, me estás pareciendo peligroso.

—Lo peligroso es todo aquello que destruye, sea vidas, negocios, planes, ilusiones. Yo deseo hacer todo lo contrario —le dijo, centrándose en la salita y mirando en derredor complacido—. Vives bien, es un buen nido.

—Sírvete, en el bar encontrarás lo que desees, dentro de lo posible.

Bart abrió el pequeño bar y descubrió tres botellas de *whisky*, aunque de marcas distintas.

—Sólo hay *whisky*.

—Ya te he dicho que dentro de lo posible. Te tomas la copa y

luego te vas.

Bart escanció el *whisky* en uno de los vasos y lo depositó sobre la mesita de centro.

Se acercó a Joan y le acarició la mejilla con delicadeza.

—¿A qué esperas para tomártelo? —preguntó la mujer con voz algo ronca, sin apartarse pese a lo cerca que él estaba de ella.

—Yo soy un escritor, voy por libre. Ahora escribo una cosa, mañana otra, quizás nunca sea famoso, nada pido a la vida ni trato de hallar la felicidad.

—¿No? Creí que todos buscábamos la felicidad.

—Unos piensan que la felicidad está en el poder, otros en el dinero.

—Que es poder —puntualizó Joan.

—Otros en el amor, pero la felicidad es algo intangible que se encuentra de pronto, se disfruta, se termina en poco tiempo y pasa a ser un recuerdo hasta que en otra ocasión, cuando menos se espera, vuelve a repetirse —explicó Bart.

—Un poco complicado —objetó la joven sin apartarse pese a que él le hablaba muy cerca del rostro.

—Sencillo, es como una ráfaga de viento fresco en el trópico o de aire caliente en el polo.

—¿Y estás pensando en mí como en una ráfaga de aire frío o de aire cálido?

—Como en un diamante en bruto —confesó el hombre—. En el momento que se encuentra, produce una gran felicidad, los sufrimientos vienen luego, cuando se trata de conservar para que no te lo roben.

Puso sus manos en la cintura femenina y la besó en los labios. Luego, suave y hábil, separó los dientes de Joan con la punta de la lengua y buscó la de ella para comenzar un cortejo de amor.

Al sentir como él le acariciaba los pechos, Joan cerró los ojos, incapaz de mantenerlos abiertos.

Fue besada en las mejillas, en el cuello. Un calor agradable la envolvió y cuando abrió los ojos de nuevo, Bart tenía el torso desnudo.

Joan no pudo evitar alzar sus manos para acariciar el vello masculino. Se vio alzada en el aire y transportada hasta el dormitorio. Su respiración se hacía rápida.

Bart, sin prisas pero con eficacia, la despojó de sus ropas. La piel femenina se entregó sin barreras a sus intensas caricias mientras el vaso de *whisky* seguía lleno sobre la mesa de la salita.

CAPÍTULO V

—¿Te has puesto en contacto con la compañía de seguros? —preguntó Bart Grower sin apartar su mirada de la carretera mientras movía el volante de su automóvil de color rojo con seguridad, sin vacilaciones.

—Sí. Creo que me pagarán lo que valdría mi coche usado en el mercado menos los impuestos.

—Con las compañías de seguros siempre pasa lo mismo —ironizó Bart tomando una curva con suavidad. No deseaba que su acompañante sufriera en aquel viaje, pues por confesión de Joan sabía que el accidente lo había afectado mucho psicológicamente.

Quería que en aquella excursión ella estuviera relajada y feliz. Era un día frío, pero el cielo se veía azul, cada vez más limpio a medida que se alejaban de la ciudad. Los humos quedaban embolsados sobre la metrópolis, asfixiándola, creando una nueva raza de seres humanos que precisaban menos oxígeno para vivir y capaces de sobrevivir al envenenamiento progresivo de su sangre a través del aire sucio que penetraba por sus vías respiratorias.

—¿Me das un pitillo? —pidió Bart.

Joan extrajo un cigarrillo de un paquete que se hallaba en la guantera. Lo encendió sosteniéndolo entre sus labios y utilizando el encendedor de la consola del propio coche. Aspiró con fuerza hasta que el pitillo mostró su punta encendida.

—Cliff me ha dicho que pasaría por la agencia de venta de automóviles, se encargará de proporcionarme uno nuevo y también se encargará de cobrar lo que pague el seguro.

—¿Corre Cliff con la diferencia?

—Sí.

—Debes interesarle mucho.

—Eso parece, tiene muchos planes para mí. Varios empresarios se fijaron en mí en la villa de Nelson Huntsman y dice Cliff que cuando salga la primera publicidad sólo será el entremés de lo que va a venir.

—Me alegro. Escribiendo no se tiene tanto éxito.

—Pero los escritores tenéis mucha libertad —replicó ella.

—Puede, pero hay muchos escritores que para ganarse el pienso se convierten en apologetas o bufones de los poderosos y luego, si salen por televisión o en las revistas importantes, se las dan de genios.

—¿Pensarás igual de ti mismo si algún día te haces popular?

—Si llegara ese día, quién sabe cómo seré yo paro entonces. Es posible que me mantenga honesto o quizás me degrade como otros, todo es posible. Ser un artista e inteligente no quiere decir ser un santo ni un héroe, somos pecadores como los demás mortales, lúdicos y hedonistas, por lo menos a mí me gusta comer bien, disfrutar del placer de un buen lugar, me refiero a una buena casa, una isla paradisíaca, un castillo bien conservado y con calefacción.

—Y una mujer que satisfaga tu sexo y tu ego.

—El ego de los escritores y artistas en general se satisface bastante bien con la compensación del dinero y la pródiga atención de los medios de información, máxime si hay premios que justifiquen saltar al primer plano de la actualidad.

—Cuando hablas de todo eso, te brillan los ojos. ¿Crees que lo conseguirás?

—No lo sé —respondió, apartando el cigarrillo de sus labios—. De todos modos, todo eso es una meta. Yo debo encontrar el placer y la felicidad a ráfagas en el camino y si el camino es bueno, no me importa poner mi cabeza bajo el filo de la guadaña de la muerte sin haber llegado a la meta.

—Me gustas, Bart, pero me sigues pareciendo peligroso. Me gustas mucho, pero no quiero ligarme a ti ni a nadie.

Bart Grower sacó el coche de la carretera para rodar por un camino que se abría paso por un prado verde, como una estela en las aguas del mar.

Se acercaron a los acantilados que no se veían porque terminaban en la línea del prado. Al otro lado de esta línea, más lejos, destacaba el azul oscuro, casi gris plomo, del mar.

Frenó el coche con el freno de mano, dejándolo bien sujeto, y se volvió hacia Joan.

—No es el mejor tiempo, no es primavera ni verano.

—Pero el cielo está limpio, hay luz —observó ella. Se le notaba contenta. La presencia a su lado del joven escritor la complacía.

—Salgamos. Me gusta ver romper las olas contra los acantilados —confesó Bart.

—De acuerdo, aquí nos limpiaremos un poco los pulmones, aunque te confieso que no me gusta demasiado salir de excursión, soy una mujer urbana.

—Pero seguro que tomarías un avión para volar a las Bahamas o a las islas Fidji —sonrió Bart.

—Claro, un paraíso tropical limpio y con buenos hoteles, esos sitios me encantan, aunque sólo los he visto en pantalla. Ganaré mucho dinero y podré viajar.

—Ven.

La cogió de la mano y aceleró el paso caminando hacia el borde del acantilado, allí donde el viento azotaba con mayor fuerza, levantaba los cabellos femeninos y despeinaba al hombre.

—Fíjate que fuerza tiene el mar.

Bart le pasó la mano por la cintura atrayéndola hacia sí. Ella colaboró en aquel acercamiento cariñoso.

—Es una energía tremenda y me da miedo.

—No temas, las olas rompen abajo, contra las rocas. Son muy poderosas, pero no pueden llegar hasta aquí arriba, todo tiene su límite.

—Sí, pero si resbalase, esas olas me engullirían para luego lanzarme contra las rocas.

—No pienses en la tragedia, sólo en la belleza de este paraje. Imagino que hace milenios las olas seguían rompiendo aquí contra estas rocas negruzcas.

—El mar es incansable, eterno; en cambio, nosotros somos tan fugaces en la vida.

Bart la apretó más contra sí, como para infundirle fuerza.

—Mira, quédate aquí, te haré una foto.

—¿Una foto? No, no puedes, he de ir con mucho cuidado con las fotografías.

—No temas, he traído una Polaroid. Te quedas la foto y no hay

problema.

—¿Por qué no le pides una de mis fotos a tu amigo Dean?

—Prefiero hacerla yo mismo y que no sea de estudio, falseando los fondos, haciendo creer que estás en Egipto o en Moscú. Aquí, al natural, con el pelo revuelto, aunque no salga tan bien.

Joan tenía una gran naturalidad para posar.

Bart enfocó la cámara y pudo encuadrar a la muchacha que le sonrió. Estaba muy hermosa y así tuvo que admitirlo Bart; Joan irradiaba luz propia.

—¿Qué sucede, Bart, no funciona la máquina?

—Sí, claro que funciona, al menos eso creo yo.

Disparó y apartó la cámara de delante da su rostro. Joan se le acercó mientras Bart esperaba a que la máquina revelase automáticamente la fotografía que acababa de hacer.

—Bart, creo que lo tuyo es escribir.

—Aún no ha salido la foto, a lo mejor tengo más talento fotográfico que Dean.

—Vamos, no seas tonto, eso se lleva dentro, es como un arte. Se aprende la técnica, el oficio, pero si no eres un artista… Es como pintar. Cualquiera puede comprar un lienzo en blanco, unos tubos de pintura y un pincel, pero sólo el que tiene el arte dentro es capaz de hacer algo importante.

—Sí, claro, ya lo sé —sonrió como si hablara con una niña. Controlaba su preocupación, no dejaba que sus sentimientos se reflejaran en su rostro, en sus ojos.

Aquella fotografía no era espontánea ni casual. Bart no buscaba en ella el recuerdo de una excursión con una compañía querida.

—Vaya, sale mal la foto…

—¿Mal? —preguntó Joan acercándose para verla.

—Será mejor que no la mires y la tire al acantilado.

Ella tomó la fotografía entre sus dedos para observarla con más atención mientras su rostro palidecía intensamente.

—Ha debido darte un mal reflejo de sol o la película o el revelado estaban mal —trató de paliar el hombre mientras observaba las reacciones de Joan.

—¡Tira esa máquina, tírala! —estalló de pronto la mujer, arrojando al suelo la fotografía.

—¿La máquina? En todo caso la fotografía que ha salido mal.

Espera, te haré otra.
—¡No!
—Sí, mujer, hay que comprobar que la máquina funciona bien. Mira, primero me haces una tú a mí y luego yo otra a ti. ¿De acuerdo?
Ella temblaba ligeramente, trataba de controlar sus nervios que estallaban.
Tomó la cámara y enfocó el rostro de Bart a dos pasos de distancia. Hizo la foto y esperó el revelado automático. Cuando la fotografía estuvo visible, ambos pudieron constatar que pese a ser una fotografía de las llamadas domésticas, había salido bastante bien y el rostro de Bart, varonil, de mentón saliente, podía calificarse de correcto.
—Ahora tú…
—No, no me la hagas.
—Habíamos quedado en eso.
—No, ya has visto que ha salido mal. Vámonos, tengo frío.
Joan echó a correr sobre la hierba hada el coche. Bart aprovechó para recoger la fotografía que la muchacha arrojara al suelo. Aparecía como si tuviera el rostro horriblemente quemado y no tenía la hermosa melena trigueña que lucía al natural. Era evidente que no era la misma persona. No había ninguna explicación lógica a aquel fenómeno tan extraño en que una fotografía desfiguraba tanto al ser que se colocaba ante el objetivo.
El buen humor de Joan se había esfumado. —Siento lo que ha ocurrido, no siempre salen bien estas fotos de aficionados— se disculpó Bart como si él tuviera parte de culpa. Joan no sabía que sí era culpable, pues había sido conducida a aquel lugar para pasar aquella prueba que había acabado siendo dramática.
Joan había descubierto su rostro en la fotografía y no deseaba comentar nada al respecto.
Puso en marcha el radiocassette y subió el volumen al máximo para impedir todo posible diálogo entre ambos.
Bart respetó su decisión y no trató de bajar el ensordecedor volumen de la cassette. Maniobró con el coche y rodaron por el prado donde apenas se dibujaba un camino en dirección a la carretera.
Se había roto el clímax de amor entre ambos y recuperarlo iba a

ser difícil. Bart se concienció de que quizás nunca volviera a conseguirlo y él iba a lamentarlo, pues jamás había conocido a otra mujer que pudiera igualarse a Joan.

CAPÍTULO VI

Estacionó el automóvil rojo dentro del *parking* público. Bart Grower no conseguía quitarse la preocupación de encima. No siempre era un hombre de hielo y había algo en su mente que le hacía fruncir el ceño.

No se molestaba en ofrecer una cara de póquer al mundo que le rodeaba, quizás porque su entorno tampoco le importaba demasiado.

Cuando salió del *parking* donde solía estacionar su coche en aquella zona de la ciudad, anduvo hasta doblar la calle y descubrió tres coches de policía y una ambulancia. Varias personas se hallaban frente a la portería del inmueble al que él se dirigía. Dudó unos instantes, pero al fin prosiguió su camino. Al querer entrar en la portería, un policía le cogió por el brazo, reteniéndole.

—¿Adónde va?

—Voy a entregar unas colaboraciones profesionales —respondió Bart quitándose la mano del agente de encima, sin dar Importancia a la situación.

—Sí, pero ¿adonde? —insistió el policía cortándole el paso con su cuerpo.

—Al estudio fotográfico. ¿Qué ocurre, agente?

El policía hizo una señal a su compañero para que siguiera vigilando y pidió a Bart Grower:

—Sígame.

Bart torció el gesto. No le explicaron lo ocurrido, pero al subir al primer piso se dio cuenta de que los policías estaban precisamente en el estudio de Dean.

—Sargento, este hombre venía hacia aquí.

El sargento, un tipo más bien bajo y fornido, lanzó una mirada a

Bart, tan rápida como analítica. Era la mirada de un profesional con muchos años en el cuerpo.

—Venga —le pidió, apartándolo hacia un lado del estudio. Bart trató de ver por encima del hombro del policía.

—¿Le ha pasado algo a Dean?

—¿Le conoce? —inquirió el sargento.

—Sí, claro. Le traigo unas colaboraciones, tenemos relaciones profesionales. Soy escritor y él fotógrafo pero tiene muchos contactos con revistas y publicidad. Yo escribo textos y *slogans*. ¿Por qué?

—¿Qué clase de amigos tiene Dean?

—¿Amigos? Pues, no sé, todos somos amigos suyos. Es un tipo muy amable y un artista.

—Era gay, ¿verdad?

—Sí, pero eso es asunto suyo.

—¿Y usted también lo es?

—¿Yo? No, ¿por qué?

—Los amigos de los gay, suelen serlo también.

—Es una apreciación suya, sargento. Ahora, dígame qué le ha pasado a Dean.

—¿Dónde ha estado usted esta noche?

—Escribiendo en mi despacho.

—¿Solo?

—Los escritores solemos escribir solos. Bueno, tengo un gato, pero no creo que le sirva como testigo.

—O sea, que no tiene coartada.

—Sargento, ¿de qué me considera sospechoso?

—La verdad es que no me parece sospechoso —confeso el sargento encogiéndose de hombros—. Hay que tener algún sospechoso. Vendrán los de la prensa y la televisión y van a armar follón. Venga. ¿Dice que le conocía bien?

—Bastante, pero no a fondo, claro —puntualizó con cuidado.

—Ya. Me gustará que me cuente cosas sobre él. Posiblemente el teniente le llame a comisaría para que declare lo que sepa.

—Estoy a su disposición. ¡Dios! —exclamó de pronto, al descubrir sangre por todas partes.

—Una salvajada, ¿verdad? ¿Quién supone que puede haber hecho esto? —preguntó el sargento levantando parte de la sábana

que cubría el cadáver ensangrentado de Dean que aguardaba a ser levantado por orden del juez y luego trasladado a la Morgue donde le harían la imprescindible autopsia.

Los tres o cuatro segundos que Bart empleó para observar el cadáver del fotógrafo fueron interminables, de un gran esfuerzo.

El desgraciado Dean había sido atacado salvajemente por una bestia que le había abierto el cuerpo en varias direcciones, como si pretendiera devorar sus vísceras. El cuello estaba seccionado y asomaba parte de la tráquea por la mortal herida.

—Parece que se le haya lanzado encima un tigre o un leopardo —opinó Bart Grower, sobrecogido.

—Sí, parece la obra de una fiera y no creemos que sea un accidente. No es la primera vez que se arroja una fiera salvaje contra alguien para cometer un asesinato. ¿Conoce a alguien que como *hobby* o para su profesión posea una fiera capaz de esto?

—No, no. Sé que hay *snobs* y gente rara que colecciona animales dañinos no domesticables, pero personalmente yo no conozco a ninguno.

El sargento, desalentado, suspiró.

—El teniente lo tiene feo. ¿Sabe que por las alcantarillas de Nueva York se dice que pululan cocodrilos albinos y ciegos que se pueden comer a alguien que pasee por las cloacas?

—Sí, algo he oído. Se pasó la moda de tener pequeños cocodrilos en el terrario del apartamento y sus dueños los arrojaron a las cloacas donde han sobrevivido y se han reproducido.

—Sí, y arañas mortales que viven en los tubos de desagüe de los edificios y pequeños escorpiones qué se pueden encontrar en los lugares más insospechados de las ciudades civilizadas, claro que lo ocurrido aquí lo supera todo, y no parece que ningún circo ambulante haya denunciado la fuga de una de sus fieras. En fin, creo que su trabajo aquí ya no tiene objeto.

—Sí, claro. ¿Puedo recuperar mis anteriores trabajos? Los entregaría directamente a las agencias para las que trabajaba Dean que hacía de intermediario para mí.

—No, no puede llevarse nada de aquí aunque sea suyo. Cualquier cosa puede servir para encontrar una pista.

—No creo que mis trabajos les sirvan para nada —replicó Bart.

—De todos modos, reclámelos por escrito en comisaria. Nada se

va a perder, se lo aseguro.

Tomaron nota del nombre y dirección de Bart Grower y éste abandonó el edificio.

Antes de alejarse pudo ver como sacaban el cadáver de Dean en unas parihuelas. Los curiosos trataban de saber, pero la policía nada les dijo.

Al poco, la ambulancia rodaba en dirección a la Morgue donde un médico forense trocearía todavía más el cuerpo del artista de la fotografía que jamás habría llegado a imaginar que encontraría una muerte tan horrible y violenta.

Tras marcar el número de teléfono de Joan, Bart aguardó a oír la voz de la modelo. La pudo escuchar, pero en la odiosa grabación del contestador automático.

—Hola, soy Joan. Estoy ausente de mi apartamento. Si tienes algo que decirme, deja tu mensaje grabado, te llamaré en cuanto pueda.

CAPÍTULO VII

Irrumpió en la fiesta del industrial Huntsman como si fuera una diosa.

Una doncella se hizo cargo de su chaquetón de armiño blanco y Joan se ofreció espléndida y rutilante a los ojos de todos los concurrentes, hombres y mujeres, para atraer y subyugar a los primeros y sentirse odiada por las segundas.

Ceñida hasta los tobillos por un vestido en negro y oro, una cinta negra sujetaba el vestido en lo alto, rodeando el pecho y cubriendo apenas la mitad de los redondos senos, blancos y suaves, por lo menos así los imaginaban los hombres que hubieran deseado besarlos. Era difícil averiguar qué era lo que más atraía de Joan. ¿Sus ojos bien sombreados, de largas pestañas y color azul verdoso? ¿Sus labios, que se veían más sensuales y carnosos, una provocación constante? ¿Sus cabellos trigueños que parecían más largos y abundantes, como un reclamo más de la hembra para atraer a los machos? ¿Su escote blanco y fascinador, la estrechez de su cintura, acaso la perfecta redondez de sus caderas o el largo de unas piernas que quedaban moldeadas por el elegante vestido negro?

—Joan, querida, estás maravillosa —le dijo la madura y aún hermosa mujer.

—Eres muy amable, Nathaly —dijo, aceptando sus besos en sendas mejillas.

—Parece que hayas hecho un pacto con el diablo, cada día estás más hermosa.

—No será tanto —respondió Joan sonriente y dueña de la situación; sin embargo, de reojo, sin que apenas se le notara, se mantenía como alerta.

De pronto, descubrió lo que tanto temía: Estaba entre dos

columnas del espléndido salón del industrial. Era un hombre vestido de *smoking* que entre sus manos tenía una cámara de fotografiar con *flash* incorporado.

Giró bruscamente su rostro cuando saltó el destello del *flash*. Rápidamente, con una energía sorpresiva, se acercó al desconocido y le arrebató la cámara de las manos.

—¿Qué hace? —inquirió él.

Sin dar tiempo a protección alguna, Joan abrió la máquina e hizo saltar el carrete, velándolo.

—Lo siento, pero soy modelo y sólo se me pueden hacer las fotografías contratadas.

El hombre protestó:

—¡Maldita sea, aquí había más fotografías!

—Tranquilízate —le pidió mister Huntsman en persona—. Ella tiene razón. No podías fotografiarla sin permiso, esto no es un club nocturno, es mi casa.

El fotógrafo optó por callarse, aunque lanzó una mirada furibunda a Joan. Ésta le despreció con un gesto y se dejó llevar por el anfitrión.

—Tengo un Dom Perignon reserva del ochenta, acompáñeme.

Cuando el propio Huntsman le servía la copa, con un camarero al lado que sostenía el cubo de hielo, se les acercó Cliff esbozando una sonrisa de simpatía. No habría sido difícil detectar que acababa de esnifar cocaína.

—Joan, querida, te estábamos esperando.

—Las diosas tienen el derecho y casi el deber de llegar tarde a donde quiera que se las reclame.

—Muchas gracias, mister Huntsman, es usted muy halagador.

—Teniéndola a usted delante, no es ningún esfuerzo.

—¿Es usted casado?

—Sí, claro.

—¿Y no se va a molestar su mujer?

—No —se rió—. Un día le dije que si me incordiaba demasiado pediría el divorcio. Por ahí anda, repartiendo besos y saludos. Es muy comprensiva con mis amistades y debilidades.

—¿Y hasta qué punto llegan sus debilidades, mister Huntsman?

Cliff se preocupó, Joan era muy directa con el multimillonario industrial y él estaba quedando demasiado en segundo plano

cuando se suponía que debía ser él quien la presentase y le indicara a quién debía saludar y a quién no.

—Pues, con una diosa como usted, hasta casarme, si fuera preciso.

—Mister Huntsman bromea, querida Joan —dijo Nathaly acercándose al grupo y cogiendo a Joan por la cintura cariñosamente.

Cliff carraspeó y cambió la conversación, lamentándose:

—Qué suceso más horrible el de Dean.

—Sí, ha sido horrible. He preferido no verlo ni en los periódicos —confesó Joan.

—¿Se refieren a ese fotógrafo al que atacó una fiera que todavía no se ha encontrado? —preguntó mister Huntsman.

—Sí, él tenía que hacer toda la publicidad en que estaba basada la imagen de Joan.

—Encontrarán pronto otro fotógrafo, supongo —aventuró el industrial.

—Sí, esperamos tenerlo pronto, pero ha de ser muy bueno, no puede ser un fotógrafo cualquiera para un trabajo tan excepcional como es una publicidad para usted, mister Huntsman.

—Sí, claro, me cuesta mis buenos millones. Esa publicidad tiene que ser efectiva. Estoy seguro de que cuando la señorita Joan aparezca en revistas o en televisión, todas las mujeres del mundo querrán parecerse a ella.

—Pero, es Importante que el fotógrafo sea el mejor —insistió Cliff.

Joan se volvió hacia Cliff. Con una sonrisa casi de desprecio y superioridad, puntualizó:

—El fotógrafo lo escogeré yo misma.

—¿Cómo? —Gruñó Cliff.

—Me parece una idea excelente —casi aplaudió mister Huntsman.

—Hola, querido.

La mujer que acababa de acercarse se centró en el corro casi girando sobre sus talones para mirar en derredor. Era cincuentona, iba elegantemente vestida pero estaba muy lejos de ser Hermosa y era posible que no lo hubiera sido ni en su juventud.

—¿Nuestros invitados están todos bien servidos?

—Sí, querida, muy bien servidos. —Entonces, acompáñame, te voy a presentar a un almirante— le dijo, cogiéndolo del brazo y llevándoselo mientras lanzaba una mirada de superioridad a Joan. Era como si le dijera que no era joven ni bella, pero sí la dueña de aquella rica mansión, y eso pesaba mucho pese a las baladronadas de Nelson Huntsman.

—¿Qué tontería es ésa de que escogerás al fotógrafo? —Gruñó Cliff sin importarle que Nathaly estuviera delante.

—Sí, eso he dicho, no me gusta lo que ha pasado con Dean.

—No te gusta a ti, a mí ni a la policía —casi estalló Cliff—. Mira, Joan, eres muy hermosa y no sé cómo te las arreglas pero cada día estás más atractiva, pero a pesar de ello, tú eres la modelo y yo soy el manager e irás adonde yo te diga.

—Ni lo sueñes, yo iré adonde me dé la gana.

—Me estás agotando la paciencia. Te has subido al pedestal del Olimpo y puedes caerte de él para darte el mayor trompazo de tu vida. Las chicas como tú, sin alguien como yo, no sois nada.

—Cálmate, Cliff —intervino Nathaly, viendo que el hombre se ponía cada vez más nervioso al darse cuenta de que perdía el control de la situación.

Joan era como una sirena que se le escurría de entre las manos con la viscosidad propia de su parte de criatura marina.

—Hazla reflexionar, Nathaly, tú tienes más sensatez que ella.

Joan silabeó:

—Empiezas a darme asco, Cliff.

—¿Asco? ¿Quién se ha hecho cargo de tu coche, no tienes otro nuevo? ¿Quién te busca los contratos?

—Eres un chulo, Cliff, y yo no soy tu puta.

La brutal claridad con que acababa ríe hablar Joan sorprendió incluso a Nathaly que se la quedó mirando. Por su parte, Cliff se secaba con un pañuelo el sudor que le mojaba las palmas de las manos.

—No cometas ninguna torpeza esta noche, nos veremos mañana. Las mujeres no sois tan regulares como los hombres, tenéis días maravillosos, días que nosotros no somos capaces de igualar, pero luego tenéis días idiotas que tampoco podemos igualar.

Sin querer oír una réplica cáustica o de ruptura, Cliff se alejó dándoles la espalda. Había tratado a muchas mujeres a lo largo de

su profesión y sabía que había momentos delicados en los que era más prudente quedarse mudo o desaparecer. De lo contrario, las consecuencias podían lamentarse toda la vida.

—Has sido un poco dura con él —le dijo Nathaly en tono confidencial—. Los hombres son un poco tontitos, nunca llegan a comprendernos, pero para nosotras lo mejor es saberlos llevar. Somos más inteligentes que ellos, pero es mejor no demostrárselo.

—Me molesta que se crea superior.

—¿Vamos al tocador? —le propuso Nathaly.

—Sí, retocaré un poco mi peinado. Esta fiesta comienza a aburrirme.

—Y eso que acabas de llegar, querida. —La tomó levemente por el codo para conducirla al tocador que había junto al salón.

Joan tuvo que admitir que aquella «*toilette*» de grandes espejos y lavamanos y encimeras de ónice pakistaní de color verde agua era una maravilla. Todo estaba pulidísimo y brillante.

La grifería relucía y había estantes repletos de productos de cosmética de distintas marcas para que cualquier invitada a la fiesta pudiera utilizar su marca preferida.

—Este Nelson es maravilloso —comentó una mujer que estaba allí acompañada de otra invitada—. Sabe que el Chanel «5» es mi preferido y siempre está aquí cuando vengo. Me dan tentaciones de llevarme el frasco entero, el tacaño de mi marido es incapaz de comprármelo.

Nathaly y Joan aguardaron a quedarse solas en el espléndido cuarto de aseo para las visitas.

Nathaly aprobó:

—Huntsman sabe vivir.

—Sí, sabe vivir y todo esto podría ser mío si quisiera.

—Joan, eres ambiciosa. Cualquier mujer tan hermosa como tú tiene derecho a serlo, pero ten cuidado, este lujo no lo es todo. Por otra parte, nunca te creas en posesión de la voluntad de un hombre hasta que esa voluntad esté pegada a unos documentos en forma de firma. Los hombres son tan sorprendentes como mentirosos, es la forma que utilizan para acostarse con muchas mujeres, mujeres que se creen todas las historias que los hombres cuentan. La labia de los hombres es como el cebo que envuelve el anzuelo que nos tragamos.

—Estoy segura de que ese Huntsman dejaría a su mujer si yo me lo propusiera —dijo convencida, mirándose a sí misma en el espejo, pero era como si no se viera. Sus ojos buscaban sus propios ojos y su mirada penetraba en su mente, buscando un futuro todavía desconocido que ella se sentía capaz de controlar.

—Joan —comenzó a decir Nathaly cálidamente—, los hombres no merecen que se les echen margaritas.

Alargó su mano para coger la cabecita de dragón tallada en jade que colgaba de la cadena de oro, acomodándose entre la separación de los pechos femeninos. Después, pasó las yemas de sus dedos sobre el abultamiento de las mamas de Joan. Acariciaba la sedosa y blanca piel con una gran delicadeza, sintiendo su tenue calor, casi aspirando por los poros de sus dedos el perfume que exhalaba la piel de Joan.

Joan semejó aceptar aquellas caricias y a su vez alzó la diestra para pasar las puntas de sus dedos por los labios de Nathaly, labios que se estremecieron. Dejándose llevar por el impulso de sus sentimientos, Nathaly cogió la mano de Joan y la fue besando con apasionamiento.

—Joan, Joan, podemos vivir juntas, yo te protegeré.

Sorpresiva y dolorosamente para Nathaly, la actitud de Joan cambió bruscamente. Su mano semejó transformarse en una garra que se clavó en su rostro, sus uñas parecieron garfios de acero.

—Eres una puerca hija de perra, Nathaly —le escupió Joan cambiando la voz, una voz tan ronca que parecía de hombre, pero un hombre extraño, casi inhumano—. Cuando yo te llame, acudirás y harás cuanto yo te ordene.

Apartó su mano del rostro de Nathaly dejándola marcada con sus uñas y la sangre que manchaba sus mejillas cayéndole hasta el cuello. Joan no se preocupó mucho de ello. Abrió un grifo y se lavó la sangre de las uñas, se secó y dando media vuelta, dejó sola a Nathaly que no se atrevía ni a sollozar del espanto.

Se volvió al fin hacia el espejo y vio su rostro manchado de sangre. Tenía que disimular aquellas heridas antes de abandonar el tocador y luego la mansión del multimillonario Huntsman.

CAPÍTULO VIII

Wacon, el librero, era un individuo fuera de lo común.

Parecía que jamás saliera de su «Guarida» (así se llamaba su atestada librería), una librería que olía a una extraña humedad, humedad que algunos habían comentado recordaba la humedad de un panteón.

Wacon tenía un rostro pequeño y grisáceo rodeado de gran cantidad de pelo también gris. Algunos decían que era totalmente calvo y que cuando salía de su «Guarida», se quitaba la peluca, por ello no le reconocían por las calles, aunque también se decía que jamás salía de su tienda, repleta de libros viejos, usados o provenientes de líneas de saldos. Buscar allí un libro normal que pudiera encontrarse en una librería corriente resultaba infructuoso, porque posiblemente Wacon no lo tenía; en cambio, sorprendía con libros rarísimos, libros que no se encontraban en los fondos de las editoriales.

Para conseguir datos sobre libros y autores, Bart Grower solía visitar la «Guarida». Wacon y él se conocían bien. A Bart no le sorprendían las estatuillas africanas ni otras antigüedades extrañas que Wacon tenía en su «Guarida», tampoco el incienso que quemaba ni el ambiente misterioso que imperaba en la tienda, bien surtida de libros que trataban sobre esoterismo, demonología, parapsicología y magia en general.

—Lo que me cuentas es muy extraño, muy extraño —opinó Wacon, apoyado con sus codos en el mostrador, su cuerpecillo flaco y magro inclinado hacia delante.

—Me gustaría saber algo más sobre ese tema.

—Tengo muchos libros, pero no sé si podrán ayudarte. ¿En serio que ese caso es verídico y no es una historia para la novela que

estás escribiendo?

—Es verídico y me preocupa mucho.

—Será mejor que visites a un experto. Yo sé muchas cosas, pero no todas.

—Eres maravilloso, Wacon. Para un tipo como tú que sabe tanto, reconocer que no lo sabe todo sobre hechos extraños e inexplicables, es toda una lección de modestia.

—Puedes ponerte en contacto con los de la Society for Psychical Research. Desde 1882 que estudian sucesos semejantes.

—No, no me interesan los cerebros grises de la parapsicología, quiero llevar este asunto discretamente.

—Ya, no quieres que se echen encima de tu personaje. ¿No es eso?

—Sí.

—Entonces, ve a ver a Pen.

—¿Pen?

—Sí. No es fácil contactar con Pen, tengo tu teléfono y te llamaré cuando sea oportuno.

—¿Crees que Pen puede darme una respuesta?

—Si Pen no te da la respuesta, malo, tendrás que acudir a los parapsicólogos o a un exorcista.

No había conseguido la opinión que buscaba, pero no había perdido las esperanzas.

Pasó por comisaría y allí, por escrito, solicitó la devolución de sus originales que habían quedado en el estudio del asesinado Dean.

—Continuamos sin tener siquiera un sospechoso —se lamentó el sargento de la policía que estaba de ayudante con el comisario que llevaba el caso—. Que sepamos, no anda ninguna fiera suelta.

—¿Y seguro que el asesinato lo cometió una fiera?

—Seguro —afirmó el sargento—, la autopsia así lo ha revelado. Ahora están investigando el tipo de fiera que puede haber sido.

—¿Y cómo pueden averiguarlo?

—Por la forma de las heridas se sabrá el tipo de garras. Luego, los zoólogos serán los que digan la última palabra. Además, siempre quedan restos en el cuerpo de las víctimas, máxime si han sostenido una lucha: Restos de pelos, de uñas, de piel. Lo encontrarán, seguro.

Bart asintió, pero estaba muy dubitativo.

Aquella noche, de madrugada, le sobresaltó la llamada de su

teléfono.

—¿Sí?

—¿Quieres entrevistarte con Pen?

—Sí, claro —respondió, identificando a Wacon al otro lado de la línea.

—Ve al número catorce de Fullton Street, ya está sobreaviso. Suerte.

Bart colgó. Se quedó mirando su teléfono, desconcertado. Wacon no le había dicho el día ni la hora.

Saltó de la cama. Buscó la guía telefónica y encontró la calle, pero el número catorce no parecía existir, por lo menos allí no constaba ningún teléfono. Arrojó la guía sobre el sofá y buscó el callejero para saber cómo dirigirse a una calle por la que no recordaba haber pasado jamás.

—Fullton Street, veamos…

La calle estaba en lo que había sido un barrio residencial burgués de hacía casi dos siglos, pero la ciudad lo había enquistado entre sus edificios de hormigón y cristal.

Bart se preparó un café cargado y se lo tomó casi hirviendo, con una aspirina para despejarse. Bajó al *parking* y salió de él con su coche rojo, haciendo roncar el poderoso motor.

El llamador seguía siendo una campanilla y la puerta fue abierta por un Individuo que muy bien podría ser motivo de una tesina para un etnólogo.

—Vengo a ver a Pen.

Aquel tipo alto, posiblemente fruto de la mezcla de varias razas entre las que debía predominar la centroasiática, hizo una leve inclinación de cabeza y con un gesto le invitó a seguirle.

Lámparas adosadas a la pared iluminaban el corredor. Eran antiguas lámparas de aceite con extrañas tulipas de protección. Resultaba muy raro que allí no emplearan la luz eléctrica.

Llegaron a una salita escasamente iluminada donde ardían leños dentro de una chimenea más profunda que ancha y que ofrecía siempre un fondo rojizo a causa de las llamas. Había un olor raro en el ambiente que Bart dedujo podía provenir de los leños, de sus esencias en constante evaporación.

Como si abriera súbitamente los ojos después de un tiempo de ceguera, se fue fijando en los óleos que colgaban de las paredes.

Todos eran oscuros, como si hubieran permanecido encerrados largo tiempo en lugares iluminados exclusivamente mediante velas o aceites que producían humos.

Le pareció que la mayoría de los cuadros representaban martirios medievales y se dijo a sí mismo que en su casa jamás tendría pinturas semejantes, eran óleos más propios de un museo.

Se sintió atraído especialmente por un cuadro que representaba a una mujer joven, de cabellos negros y piel nívea, ojos verde oscuros y labios rebosantes de color.

Aquella mujer que parecía mirarle fijamente desde el cuadro, le inquietó. Era hermosísima. Se cubría con gasas negras semitransparentes e insinuantes y lucía una diadema en la que destacaba una luna creciente colocada de manera que los dos cuernos miraban hacia arriba.

—Una excelente pintura, ¿no es cierto?

Se volvió rápido al oír la voz de mujer, algo ronca pero llena de calor y sensualidad. Parpadeó incrédulo, volviendo a mirar el rostro de la desconocida del cuadro.

Sonriendo, ella preguntó:

—¿Nos parecemos?

—Quien quiera que haya sido el pintor, le ha hecho justicia.

—Gracias, pero esa mujer no soy yo.

—¿Su hermana gemela, acaso?

—Tampoco, es mi abuela.

—Asombroso —opinó Bart, casi sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Las mujeres vestían de forma muy diferente. La del óleo cubría su sensual y atractivo cuerpo con gasas negras semitransparentes, y la que tenía al lado vestía una especie de túnica roja y un cinturón de cuero con adornos de plata pulida. Sus ojos verde oscuro casi brillaban y sus labios ofrecían la rojez del coral mediterráneo. Por contra, su piel era extremadamente blanca, como si jamás le hubiera dado el sol.

—He venido a ver a Pen.

—Pen soy yo —dijo ella, sin dejar de mirarle.

A Bart Grower le parecía que los ojos femeninos reverberaban una luz que no venía del exterior sino del interior de la cabeza de aquella mujer que sólo mirarla turbaba a cualquier hombre por muy

frío que éste fuera.

Atraía con fuerza, resultaba difícil mantenerse frío y distante. Sin darse cuenta, dio un par de pasos hacia ella mientras Pen movía su cuerpo casi imperceptiblemente.

Sus caderas quedaron frente al escritor que tuvo que carraspear para asegurarse de que la voz iba a salirle por la garganta.

—Increíble, no he conocido jamás el caso de un parecido semejante entre una abuela y una nieta. Es como si fueran gemelas, o más, como si fueran clónicas.

—Sí, todos dicen lo mismo. ¿Desea beber algo?

—Bueno, yo… —Se llamó estúpido a sí mismo, porque notaba que le costaba articular las palabras.

—Le prepararé un scotch que le agradará.

Bart se acercó a una butaca en la que se acomodó porque ella le hizo un simple gesto con la mano indicándoselo al tiempo que le daba la espalda como para que pudiera admirar bien sus insinuantes curvas que la túnica, en vez de disimular, ponía de relieve.

Cuando le entregó el vaso en la mano, Pen le sonrió mirándole con sus pupilas verdes que en vez de ser limpias y transparentes, ahora hacían aguas como la superficie de una laguna llena de algas que impedían ver su fondo.

—¿Y qué es lo que quería hablar conmigo?

—Yo, yo soy escritor. —Bebió un trago, como si acabara de confesar algo de lo que se avergonzaba—. Me interesan los fenómenos extraños y en ocasiones los comento con Wacon, él sabe mucho de estas cosas.

—Es cierto, sabe mucho —admitió ella sin menospreciar.

—Pero Wacon me ha dicho que tú… Te puedo tutear, ¿verdad?

—Naturalmente —asintió, acomodándose en la otra butaca frente a él.

Cruzó las piernas, de las que Bart sólo pudo ver los tobillos; sin embargo, sintió que algo despertaba en sus genitales y ella sonrió casi imperceptiblemente, como si estuviera dando cuenta de ello.

—Wacon dice que tú sabes mucho de fenómenos extraños.

—Algo sé y hay gente que me consulta, es mi profesión.

—Te encuentro demasiado joven para ser una experta en todos estos asuntos.

—Si piensas que no soy la persona adecuada, puedes buscar a otro colega para consultar.

—¿Colega? ¿Qué clase de profesión es la tuya?

Pen dejó escapar una breve carcajada, coqueta y controlada. A Bart le pareció que aquella risa venía de muy lejos.

—No es una profesión concreta, a lo largo de los tiempos se ha llamado de una manera u otra. La iglesia la llama exorcista, los metafísicos y paracientíficos, parapsicóloga, otros más sencillamente psicóloga. Otros prefieren llamarnos adivinadores, mánticos, etcétera. ¿Qué más da? Tú tienes un problema que crees insoluble y vienes a consultarme, pero te advierto que ésta es mi profesión y te voy a cobrar. Comprenderás que yo necesito dinero para mantener mi casa y mis criados.

—Sí, claro, pero habrá que aclarar eso de tus honorarios, porque yo sólo soy un escritor y no he ganado el Pulitzer.

—Todo se puede arreglar. Primero, háblame de lo que no te deja dormir.

—Debo parecerte un poco tonto.

—No, ¿por qué?

Bebió un trago de aquel scotch que no sabía normal. Era como si Pen hubiera mezclado en el *whisky* un filtro de misteriosas y excitantes propiedades, lo que a Bart no le molestaba, más bien le agradó la idea. Sí, le complacía pensar que la enigmática y bellísima Pen le hiciera tomar un bebedizo que le esclavizara de no sabía qué atrayentes poderes.

—Estoy escribiendo un libro —comenzó a generalizar, como escondiéndose detrás del vaso de *whisky* del que escapaba un olor enervante—. Una mujer bellísima que ejerce un poderoso atractivo sobre los hombres, sufre de algo muy especial que todos ignoran.

Como que hacía un larga pausa, refugiándose en otro trago del aromático *whisky*, ella inquirió:

—¿Y cuál es el problema de esa bella mujer?

—Pues, parece increíble, pero cuando se le hace una fotografía…

—¿No sale como todos la ven normalmente?

—Exacto.

—Si todos la ven bellísima y parece que todos los hombres la desean, ¿cómo sale en las fotografías?

—Horrible.
—¿Vieja?
—No, quemada, víctima de horribles quemaduras. No llega a la carbonización, pero casi. El rostro desfigurado, el pelo quemado… Ver una de sus fotos es casi insoportable.
—¿Y ella lo sabe?
—Al principio creo que no lo sabía, pero luego lo descubre.
—¿Y qué actitud adopta?
—Lo soporta muy mal, no sé si es desesperación o rabia. Aún no sé cómo habrá que describir esta situación tan extraña.
—¿Y tú crees que existe algún motivo para que salga quemada en las fotos?
—Pues, digamos que la protagonista de mi novela sufre un accidente de coche y éste se incendia, pero ella sale ilesa por puro milagro.
—¿Estaba sola cuando ocurrió el accidente?
—Sí.
—¿De noche?
—Sí.
—¿Y nadie la vio quemarse?
—No, nadie. Fue un accidente en el que el coche queda calcinado al fondo de un barranco, pero ella se salva milagrosamente.
—¿Y en las fotos siempre sale así, quemada?
—Sí.
—Es muy Interesante —admitió Pen casi recostándose sobre uno de los brazos de la butaca.
—Lo malo —añadió Bart Grower—, es que ella es modelo y ha de ser la Imagen «gancho» de una campaña publicitaria.
—Has complicado el tema, tanto que más que una invención me huele a realidad.
—¿Crees que eso puede suceder tal como te lo explico?
—Sí, claro. Se han dado casos de que mentes poderosas llegan a impresionar películas fotográficas. Los poderes de la mente son más fuertes de lo que quieren admitir muchos sumos sacerdotes de la ciencia oficial.
—¿De verdad crees que se puede impresionar una película fotográfica sólo con el poder mental?

—Sí, eso ha sucedido. No son muchos los que pueden conseguirlo, es más, cuando ocurre es de forma incontrolada incluso por el mismo sujeto que tiene ese poder. Su subconsciente les juega una mala pasada. Pueden velar una película o hacer aparecer un personaje que en el momento de hacer la foto no estaba frente al objetivo de la cámara. Y te diría más, un personaje puede salir como vivo en la fotografía y hacer mucho tiempo que ya está muerto y enterrado.

—Es alucinante, me gustaría ver una de esas fotos.

—Y a mí la foto de esa mujer que aparece quemada sin estarlo.

Bart Grower tuvo unos momentos de duda. Bebió el contenido del vaso y no le importó si en sus ojos brillaba el deseo de acostarse con la mujer. No era nada que se hubiera propuesto antes de conocerla. Quizás ella tenía la culpa con sus leves sonrisas, con sus misteriosos ojos, con las curvas de su cuerpo que se marcaban en la túnica roja, por la bebida que le había dado que debía estar embrujada. No, no le importó porque deseaba gozar carnalmente con Pen, pero lo que sus ojos decían, sus labios no se atrevieron a gritarlo.

Dejó el vaso vacío sobre la mesita y de un bolsillo de la chaqueta sacó la arrugada fotografía de la Polaroid para mostrársela a Pen.

CAPÍTULO IX

—¿Qué te parece?

El industrial Nelson Huntsman hizo aquella pregunta con mucho orgullo y arrogancia, satisfecho de sí mismo.

Los ojos azul verdosos de Joan se pasearon por el chalé de dos plantas y de construcción muy moderna a la par que confortable. Vio la pista de tenis, la piscina y los amplios espacios alfombrados de cuidado césped que no debía tener mucho tiempo. Todo allí era nuevo.

—No está mal —aprobó sin entusiasmo.

—¿Que no está mal? Gente muy bien situada sueña con una casa así y jamás la conseguirá porque no está a su alcance.

—¿Te has metido en negocios de inmobiliarias?

—Cuando se tiene dinero, hay que dispersar las inversiones y las inmobiliarias siempre han sido un buen negocio. Como este chalé se van a construir cien más.

—¿Iguales?

—Sí, iguales. Los arquitectos e Ingenieros lo han estudiado muy bien para poder construir cien iguales a un costo aceptable para obtener los mayores beneficios. Todo está muy calculado, desde la alambrada de protección de la pista de tenis al desagüe de la piscina, pasando por la chimenea de la casa. Todo está bien estudiado, pero, hay una diferencia importante.

—¿Cuál? —preguntó Joan que seguía sin mostrar demasiado entusiasmo.

—Que este chalé, precisamente, es el modelo para todos los demás, pero con la ventaja de que la parcela es veinte veces más grande que las parcelas que van a albergar los otros chalés, con piscina y pista de tenis.

—¿Veinte veces más grande, dices?

—Así es —ratificó el industrial metiendo sus manos en los bolsillos del pantalón tras haber subido las solapas de su chaqueta de piel, pues acababa de levantarse un viento gélido—. Las fotografías y filmaciones para la publicidad se han hecho aquí, da más sensación de grandeza, amplitud y aislamiento que es lo que demandan los que tienen dinero para pagar.

—Y luego, en la realidad se encontrarán con que su paraíso es de dimensiones mucho más reducidas.

—Ni se darán cuenta. Al tener un precio alto, pensarán que si dicen que no les interesa, es que no pueden pagar el precio que se les pide.

—Y este chalé, ¿para quién será?

—Éste, el que todos desearán, puede ser para ti.

—¿Mío?

—Sí, basta con que cojas tus cosas y te instales, aquí no te va a faltar de nada.

—¿Por tu ofrecimiento debo entender que deseas convertirme en tu amante? —preguntó Joan con frialdad.

—Bueno, dicho así… Hay que quitar hierro a las palabras y buscar lo agradable de la situación. —Sacó las manos de los bolsillos del pantalón y cogió a Joan por la cintura—. Si eres buena conmigo, dentro de un año pongo este chalé con su gran parcela, que será la envidia de todos, a tu nombre. Dentro de un año, cuando me hayas demostrado que eres la mujer de mi vida.

—Y ahora, ¿qué esperas, que dé saltos de alegría, que me cuelgue de tu cuello, que te bese y deje que me lleves al dormitorio del chalé para que goces con mi cuerpo?

—Muchas mujeres bellas y famosas harían todo eso que tú dices ahora mismo. ¿Sabes lo que vale todo esto?

—Te has equivocado, yo no soy una puta.

Apartó las manos del hombre de su cintura y dándole la espalda, comenzó a caminar por el sendero de piedras planas cercadas de césped.

—¡Espera, espera, no he querido molestarte!

—Olvídame.

La cogió por los brazos desde la espalda para obligarle a darse la vuelta.

—Te he ofrecido una casa soñada por muchos, he dicho que te la escrituraría dentro de un año a tu nombre, pero si quieres, ahora mismo es tuya.

—Estoy viendo en tus ojos que deseas furiosamente poseerme. Me deseas como te has dado cuenta que me desean otros hombres, por eso queréis colocarme en los anuncios publicitarios, para que me deseen y compren vuestros malditos productos, como ese chalé que piensas que se vendería mejor si yo me pusiera en bañador en la puerta de entrada o junto a la piscina.

—Tienes algo que embruja, Joan. Sí, te deseo, te deseo furiosamente como tú dices y te quiero para mí, para mí…

La empujó hasta hacerla caer sobre la hierba. Se puso sobre ella a horcajadas buscando su boca para besarla, pero se encontró con la dureza diamantina de los ojos femeninos que le contuvieron.

—No lo intentes, Huntsman, no lo Intentes, no te iba a perdonar que me violaras. Yo no soy una chica más en tu vida. Si tanto me deseas, puedes hacerme tuya, pero…

—¿Cómo? —inquirió él jadeante, con el rostro enrojecido y el aliento demasiado caliente mientras el aire frío que batía la extensa alfombra de hierba que rodeaba el chalé, la pista de tenis y la piscina, agitaba sus escasos cabellos grises de hombre que galopaba demasiado aprisa hacia los sesenta años, un galope que le enloquecía de miedo porque deseaba seguir reteniendo el tiempo y su vitalidad. Quería romper la maldita ecuación de que a más dinero, menos juventud, menos vitalidad, menos potencia sexual.

—Divórciate y cásate conmigo en una ceremonia íntima, sin curiosos ni fotógrafos. Entonces, sólo seré para ti.

Seguía reteniéndola contra el mullido césped, entre sus piernas, deseando poseerla, gozarla con furia, pues era consciente de que su propia potencia viril se había elevado al máximo, como hacía mucho, mucho tiempo no le ocurría, pero la dureza diamantina de los ojos de Joan oponía una barrera infranqueable a sus deseos.

—¿Divorciarme de mi mujer para casarme contigo? —repitió como alucinado.

—Apártate, apártate ahora mismo o no volverás a verme jamás —advirtió Joan.

Nelson Huntsman, temblando todavía, se apartó, quedando sentado sobre una de las piedras que formaban el sendero.

Ella se incorporó, estiró su abrigo y le dijo:

—Tu casa es un paraíso, pero un paraíso sin diosa no es nada. Si quieres tener la diosa para ti solo, ya sabes lo que exijo.

Joan no volvió a mirarle. Se alejó por el camino en busca de su coche, el coche nuevo que le había conseguido Cliff a modo de adelanto por lo que tenía que pagarle el seguro de accidentes.

—¡Joan, Joan, me casaré contigo si es lo que deseas! —le gritó Huntsman ya descompuesto, casi fuera de sí, Incapaz de reaccionar, como un niño hambriento ante su pastel deseado.

Segura de su triunfo, Joan no se volvió.

Llegó hasta su deportivo y se acomodó frente al volante. Dio a la llave de contacto y se alejó haciendo roncar el poderoso motor.

El multimillonario seguía gritando sus deseos…

CAPÍTULO X

Más que nervioso, Cliff estaba crispado. Ante él, al otro lado de la mesa del «*pub*», Joan se mostraba fría y distante. Sus ojos, de especial mirada, se clavaban en Cliff casi sin pestañear, lo que aún Irritaba más al «manager».

—Has rechazado ya a dos fotógrafos, los mejores de la profesión —le dijo casi mordiendo las palabras mientras escapaban unas gotitas de saliva de sus labios.

—Prefería a Dean.

—¿Dean? Pero ¿estás loca? Dean está muerto, lo mató una fiera salvaje, ya no podemos pensar en él, debes decidirte por otro. Los contratos están firmados y cada día que pasa es dinero que se pierde, y no digo nada si se perdieran los contratos de publicidad que hay firmados, nos llevarían a la cárcel porque no podríamos pagar los daños y perjuicios que nos exijan a través de los tribunales.

—Me cansas, Cliff, me fatigas.

—No sé qué te ha sucedido, Joan, eres como otra mujer, diría que más bella, más atractiva y seductora.

—Yo no he firmado nada, Cliff has firmado tú, el problema es tuyo y por tanto quien debería resolverlo.

—¡Soy tu representante!

—Eso no está demasiado claro.

—¿Cómo que no? Tú firmaste aceptando mi representación y yo te he buscado promotores. Si me dejas en la estacada, te hundo.

—Tú no me harías eso, ¿verdad, Cliff?

—No me saques de quicio. Eres maravillosa, nos gustaría, me gustaría… —titubeó.

—¿Acostarte conmigo? —Silabeó ella esbozando una sonrisa.

—Sabes que sí, sabes que me casaría contigo en seguida.

—Si sólo eres un mediocre representante… ¿Cómo ibas tú, pobre de tí, a poder complacer todos mis caprichos? Porque, entérate, Cliff, me he vuelto muy caprichosa y ambiciosa. Sólo se vive una vez y la juventud se acaba pronto. Quiero disfrutar al máximo de todo el confort y los placeres y sé que lo conseguiré, pero no será a través de ti, tú eres demasiado pequeño.

—¿Mediocre, demasiado pequeño? —barbotó enrojeciendo—. No decías eso hace tan sólo unas semanas atrás. Te he presentado a gente importante, te han llovido los contratos…

—Los contratos no me han llovido porque tú te hayas lucido, simplemente porque me han visto y los he cautivado. Mi sola presencia seduce a los hombres, soy consciente de ello y pienso explotarlo el tiempo que me dure. No soy una niña ni una ingenua. A partir de ahora voy a vivir la vida a mi modo y tú no entras en mis proyectos, Cliff.

De la crispación que enrojecía sus mejillas, Cliff pasó a una intensa palidez. Lo que acababa de oír de los labios de Joan era lo que menos había Imaginado que ella llegase a decirle.

—Ya has soltado todo tu veneno, Joan, pero no creas que voy a dejar que me des el puntapié en el culo. Tú firmaste y yo tengo el contrato. Tendrás que presentarte mañana mismo en el plato del fotógrafo publicitario o de lo contrario te demandaré.

—No seas tonto, Cliff. El trabajo de una modelo como yo es muy flexible. Puedo poner un gesto desagradable y toda la película del fotógrafo acabaría en la basura. ¿Para qué perder el tiempo? Te lo voy a poner fácil. Me devuelves el contrato y yo te pagaré por ello, de esta forma recuperaré mi libertad.

—No voy a darte la libertad por ahora. Vas a suplicarme a rastras que te la dé y seré yo quien, cuando me convenga, ponga precio a tu libertad. De momento harás lo que te diga o te llevaré a los tribunales. Recuerda que el coche que llevas lo he pagado yo con mi dinero, como adelanto de los contratos firmados.

—El seguro paga mi coche.

—Ni lo sueñes. No había querido decírtelo, pero tenías caducado el seguro. Yo he pagado el coche, sabía que los contratos me compensarían y estoy seguro de que tú también querrás compensarme de una forma más íntima y especial.

Cliff se había crecido. Creía tener poder sobre la modelo que triunfaba aún antes de aparecer en las vallas publicitarias o en los *spots* televisivos. Joan era excepcionalmente hermosa, tenía un atractivo fuera de lo común, un atractivo que había ido en aumento después del accidente sufrido con su coche pese a la frialdad diamantina de sus ojos.

—¿De modo que crees que el coche es tuyo?

—Lo he puesto a tu nombre, pero…

—Pobrecito Cliff…

Joan alargó su mano y acarició el rostro del hombre que aceptó la caricia sonriendo satisfecho, creyéndose triunfador en aquella disputa.

—Estás loco por mí y no te culpo, no eres el único que se ha enamorado de mí. Anda, vamos, dejemos de discutir. Hay que ser comprensivos y saber cómo está el juego.

—Eres increíble, Joan. De un momento a otro cambias con una facilidad asombrosa. Pareces indomable y distante y luego, te muestras asequible, cariñosa.

—¿Qué le voy a hacer? Soy una mujer cambiante, lunática, caprichosa. Amo la vida, la belleza, el lujo y la juventud. Anda, vamos, estoy segura de que sabré hacerte feliz como deseas. Por el callejón llegaremos antes.

Al dejarse llevar, Cliff objetó:

—No me gustan estos callejones, puede haber pandillas de navajeros.

Sin hacerle caso, Joan avanzó por el callejón. Al otro lado estaba el *parking* público donde ambos tenían sus respectivos automóviles. A cierta distancia, tres jóvenes sonrieron al ver a la pareja adentrarse en el húmedo y oscuro callejón. Apretaron el paso mientras hundían sus manos en los respectivos bolsillos de las cazadoras de cuero para empuñar sus navajas automáticas. Joan y Cliff les parecieron unas víctimas propicias, y más interesante les hubiera parecido de poder ver la espectacular belleza de Joan, la sensualidad que emanaba de su cuerpo.

—¡Aaaaaagh!

El grito brotó inesperado y lleno de terror de la garganta del hombre.

Los tres jóvenes delincuentes detuvieron sus pasos, indecisos,

mirándose unos a otros como interrogándose acerca de lo que había podido ocurrir.

—¡Socoooo…!

El hombre no pudo terminar la palabra, ahogada por gritos de dolor y terror que desconcertaron a los delincuentes.

—Alguien se nos ha adelantado —gruñó el que parecía el jefe de los tres.

—¡Vamos! —propuso otro, y corrieron hasta hallar el cuerpo caído de Cliff.

—¡Joder, cómo lo han dejado! —exclamó uno de los chicos, impresionado.

Cliff tenía destrozado un ojo, las mejillas y la garganta. Lleno de sangre, en vano trataba de balbucir algo, estaba dando los últimos estertores.

—¡Vámonos, nos pueden colgar este muerto a nosotros! —Gruñó uno de los navajeros.

—Es como si lo hubiera despedazado una fiera —opinó el jefe tras enfocarlo con una pequeña linterna que llevaba consigo.

Otro propuso:

—Limpiémoslo primero.

Mientras Cliff agonizaba, los delincuentes le quitaron la cartera, el anillo que llevaba y dos juegos de llaves, uno de su apartamento y otro del coche.

Desaparecieron a la carrera mientras el único ojo de Cliff quedaba abierto a la eternidad, mirando un cielo nocturno sin estrellas.

Un viento helado recorrió el lóbrego callejón mientras no muy lejos rugía el motor de un coche deportivo alejándose.

CAPÍTULO XI

El cuerpo de Pen resultó tan suave que resbalaba entre las manos, entre los brazos, por el cuerpo y entre los muslos de Bart Grower. No estaba quieta, reía y rebullía como un pez que en un divertido juego se negaba a ser sacado de las aguas.

Buscó su boca y fue él quien resultó atrapado por unos labios ardientes y absorbentes que semejaban querer tragarse los suyos mientras las uñas femeninas arañaban sensualmente su espalda.

Bart Grower, liberado ya, casi sin respiración, descendió su boca por el cuello femenino para buscar el valle entre sus pechos, grandes y duros, de largos pezones de intenso color que parecían destilar ambrosía.

Bart chupó de ellos con la misma fuerza que una criatura hambrienta. Pen reía mientras le golpeaba los flancos con las rodillas.

—Bruja, hija de perra —gruñía Bart, excitado en el juego carnal que distorsionaba su mirada y hacía que todo lo que veía apareciera en la pantalla de su mente coloreado de rojo.

La besó y lamió hasta notar su boca reseca. Ella se revolvía juguetona, le arañaba, le pellizcaba, le golpeaba y mordía en los lugares más insospechados. Bart Grower jamás había yacido con una mujer de comportamiento semejante, de entrega total y activa. Toda Pen ardía y él ansiaba quemarse en su fuego.

Cuando la atrapaba por la espalda, la mordía en el cuello por debajo de la nuca abriéndose paso con los dientes entre el abundante cabello mientras notaba la suavidad de las nalgas de Pen entre sus ingles. Todo en él adquiría fuerza, pero cada vez que parecía que al fin iba a hendirse en aquel cuerpo lleno de calor, ella se revolvía y escapaba del abrazo, hasta que, más porque ella quiso

que por habilidad de él, los dos cuerpos se unieron.

Bart tuvo la sensación de que poseía toda la tierra y de que todos los terremotos habidos a lo largo de la historia se juntaban en uno. Tembló de forma incontenible mientras su mirada se perdía y su cuerpo nadaba en un mar de aguas rojas que hervían. Aspiró con tal fuerza que semejó necesitar todo el aire del mundo mientras parte de sí mismo escapaba como un torrente por sus genitales, de forma salvaje.

—¡Vamos, vamos, nunca lo has conseguido así, nunca! —le decía ella también agitada pero casi riendo—. ¡Nunca has amado a una bruja, nunca, nunca!

—¡Bruja, bruja, bruja! —Rugía el hombre hasta que las fuerzas escaparon de él y cayó sobre el cuerpo femenino que lo abrazó con fuerza, estrechándolo para que no escapara.

—Estoy exhausto… Jamás, jamás he gozado tan… tan bestialmente como hoy.

—Amor, te hace falta un poco de bebida —le dijo Pen, apartándolo de sí hacia un lado de la ancha cama.

Sin pudor por su desnudez total, la mujer le dio la espalda. Buscó una botella de cristal tallado que contenía un licor color de fresa y escanció parte de él en un vaso, ofreciéndoselo.

—Bebe.

Cuando Bart tuvo la copa en su mano, preguntó:

—¿Qué es? —Es lo que ahora necesitas, amor. Bart Grower tomó aquel licor de grato sabor y que parecía tener la fuerza de una alta graduación de alcohol. Al poco, encogido sobre la cama, entró en un profundo sopor.

Se sintió transportado como un muñeco inservible sobre los hombros del gigante afroasiático que avanzó por una gruta angosta que parecía descender hacia el fondo de la tierra.

El extraño criado se iluminaba con una antorcha mientras avanzaba por la galería subterránea que semejaba interminable.

Tras abrir una sólida puerta, arribó a una amplia sala donde se amontonaban las cajas.

Bart Grower miró en derredor con ojos que carecían de fijeza, todo le daba vueltas. Era consciente de que estaba en peligro, sin embarco nada podía hacer porque ni un solo músculo de su cuerpo le obedecía.

El criado de Pen lo descargó arrojándolo al suelo sin preocuparse de los golpes que pudiera recibir.

Abrió una caja, alargada y sólida, y la dispuso como para ahorrarse esfuerzos, dejándola cerca de Bart. Recogió a éste, lo introdujo en la caja que resultó un ataúd y después le colocó la tapa que comenzó a clavetear.

—No, no puede ser —gemía Bart, desnudo y aterido dentro del féretro de madera mientras los golpes retumbaban en su cráneo. Volvió a perder el sentido.

Al abrir los ojos, ignoraba cuánto tiempo había dormido, pero estaba seguro de haber sufrido una horrible pesadilla. Quiso levantarse y no pudo. Comenzó a mover las manos y la sangre fue helándose en sus venas.

—No, no es posible, no puede ser que esté dentro de un ataúd…

El pánico comenzó a apoderarse de él y gritó sin que nadie escuchara sus gritos en demanda de auxilio, gritó hasta que ya muy extenuado se convenció de que si quería escapar de aquella muerte horrible a la que Pen le condenaba, tenía que liberarse por sí mismo.

Giró su cuerpo, comprobando que, por suerte para él, no era un ataúd de calidad y ajustado, sino una caja basta y ancha, hecha para que cupiera cualquier cuerpo dentro de ella.

Puesto boca abajo, movió los brazos como para intentar ponerse a gatas. No lo conseguía, porque el espacio de que disponía no era suficiente, pero sí comenzó a hacer presión con su espalda contra la tapa, apoyándose en los antebrazos y buscando como podía apoyo con las rodillas.

Comenzó a sudar, a sentir que las fuerzas le fallaban y que su espalda parecía que fuera a romperse de un momento a otro, pero al fin comenzó a desclavarse la madera.

Los clavos fueron cediendo y Bart, haciendo más y más fuerza, elevó su espalda hasta que la tapa saltó y él se incorporó dentro del ataúd buscando el aire, la libertad, la vida, la fuga de una muerte horrible.

Una antorcha sujeta a la pared con dos aros de hierro iluminaba aquel siniestro lugar donde se amontonaban ataúdes sin orden ni concierto. Era como un vertedero de ataúdes usados y malolientes.

Ya fuera de la caja y desnudo de pies a cabeza, Bart se acercó a

una pila de ataúdes y empujó uno de ellos haciéndolo caer de donde estaba.

Al caer, la madera ya putrefacta se rajó, pues la humedad allí era muy alta, y descubrió con horror un cadáver tan corrompido que ya no tenía ni ojos.

Uno de sus brazos escapó siniestramente de la caja y pareció que quisiera atraparle, quizás suplicarle ayuda, un cadáver que estaba tan desnudo como él mismo lo estaba en aquellos momentos.

—¡Por todos los diablos! —exclamó, saltando hacia atrás.

Aquel macabro cementerio bajo tierra era sin duda el pudridero de los amores carnales de la ardiente Pen.

Cogió la antorcha e iluminándose con ella, fue hasta la puerta que gruñó quejosa al ser abierta. Cedió porque no parecía que tuvieran miedo de que pudiera escapar ninguno de los encerrados.

—No ha sido un sueño, no ha sido una pesadilla —se repetía Bart mientras avanzaba por la galería, notando la frialdad y la dureza del suelo con sus pies desnudos.

No supo cuánto tiempo estuvo caminando por aquel laberinto subterráneo. Tuvo que sentarse y descansar en varias ocasiones mientras los pies le sangraban por las heridas que se había hecho.

La antorcha hacía tiempo que se había consumido y debía guiarse al tacto con la total sensación de estar perdido hasta que al fin casi se dio de bruces con una escalera de madera por la que comenzó a trepar y que resultó más alta de lo que en un principio supusiera.

Topó con una pesada trampilla que levantó con sus manos y cabeza. Escapó del subterráneo yendo a dar a un sótano también en total oscuridad.

Avanzó entre los múltiples objetos allí acumulados, dándose golpes y abriéndose heridas hasta que descubrió otra escalera que le condujo a una puerta cerrada con llave pero que podía abrirse simplemente haciendo girar un pomo desde el lado en que estaba Bart.

Escapó del sótano y se vio en la casa de Pen, oscura y siniestra, iluminada con lámparas de aceite.

Estaba casi exhausto y no le convenía toparse con el fornido criado de Pen, pero sí quería encontrarla a ella, no sabía si para vengarse, escupirle en la cara o exigirle explicaciones por lo que

había hecho.

Una escalera alfombrada le condujo al piso donde escuchó risas y gemidos. Recordó que había subido por aquella escalera aceptando la invitación al amor que le hiciera Pen.

Con los pies ensangrentados, heridas en los brazos, contusiones en el cuerpo y en el rostro, Bart Grower empujó la puerta de la alcoba de Pen y entró en ella para sorprenderla, pero apenas lo había hecho cuando se quedó quieto, como petrificado.

—No es posible —exclamó apenas sin voz mientras avanzaba lentamente hacia el amplio lecho con alto dosel, cargado de gasas.

Las dos mujeres que se hallaban en la cama, una trigueña hermosísima y la otra de cabellos negros, las dos turbadoramente hermosas, se lo quedaron mirando sin pudor alguno por su desnudez ni por el abrazo que las unía.

—¡Bart!

—Disculpa, Joan, creí que ya no nos molestaría jamás —dijo Pen.

—¡Puercas! ¿Cómo podéis, cómo podéis…?

—Eres un idiota, un pobre mortal idiota —silabeó Pen con oscura voz de hombre, una voz que era inimaginable pudiera salir por una boca tan femenina.

—Lo siento, Bart —musitó Joan—. Soy suya, soy su esclava. Él es Bel, príncipe de las tinieblas, incubo o súcubo cuando lo desea. Sus poderes son muy grandes. Algunos creen que es una bruja, pero no, es Bel.

Bart Grower se llevó las manos a las sienes gimiendo:

—Es una pesadilla de locura, debo estar soñando, no es posible.

—No es una pesadilla, estúpido —puntualizó Pen con su voz de hombre, viejo y bronco—. Ella me pidió la belleza cuando estaba quemada, me pidió que le alargara la vida y me ofreció su esclavitud a cambio. Si no lo crees, mírala, mírala bien y la verás, no como todos la ven sino como es realmente.

La mente de Bart Grower parecía que fuera a estallar ante la visión de Joan. Estaba quemada, horriblemente quemada. No tenía cabellos y su rostro aparecía medio carbonizado. Jamás había visto nada semejante a excepción del cadáver putrefacto que descubriera en el pudridero subterráneo de aquel ser malvado de las tinieblas.

—No, Bart, no me mires, no me mires, sé que me ves horrible,

como en las fotografías, no me mires —gimió Joan desesperada, cubriéndose con los brazos.

—Ahora ya sabes cómo es ella y también cómo soy yo en realidad, y nos amas a las dos, ¿verdad?

Aquel diablo con poderes para transformarse en mujer si así lo deseaba, se rió macabramente. Bart había retrocedido horrorizado un par de pasos cuando Bel ordenó a Joan:

—Mátalo.

Ante los ojos aterrados del hombre, Joan se transformó en mitad bestia mitad mujer porque así lo deseaba Bel que en su encarnadura mortal se hacía llamar Pen.

Con cuerpo y cabeza de mujer bellísima pero con las extremidades de dragón, Joan saltó del lecho cayendo sobre Bart al que derribó y ya en el suelo, lo sujetó con sus grandes y poderosas garras.

—Bart, Bart, ¿por qué has venido? Soy su esclava, soy la esclava del mal y de los deseos de Bel.

—¡Mátalo como a los otros! —ordenó desde la cama el príncipe del averno, transformado en bellísima súcuba.

—¡Bart, Bart, prométele que jamás dirás nada a nadie! —suplicó Joan sujetándole el cuello con las afiladas garras en que se habían transformado sus delicadas manos.

—Mátame, porque si vivo contaré al mundo lo que he visto.

Pen, o mejor sería decir el diablo Bel, comenzó a reír a carcajadas sentada sobre la cama.

—Nadie iba a creerte, pobre estúpido.

—Bart, te amo, te amo —confesó Joan—. He sido malvada, he tenido miedo, he asesinado, pero te amo y no puedo matarte, no puedo…

Se apartó del hombre sentándose en el suelo y mirando a su amo Bel, le dijo:

—No puedo obedecerte.

—¡Estúpida, mátalo, me debes total obediencia, mátalo! —exigió el diablo con voz bronca y autoritaria.

—¡No, antes que matarle a él prefiero morir yo!

—Maldita mujer enamorada… —rugió Bel furioso—. Tú lo has querido.

Estiró sus manos, agitó los dedos y sus ojos malignos semejaron

despedir rayos. Joan dejó de ser mitad mujer mitad bestia para convertirse en la desgraciada modelo quemada en el accidente de tráfico.

—¡Nooo! —gritó Joan al verse a sí misma.

—Me has desobedecido y tienes que pagar. Tu destino es ahora la muerte en la cama de un hospital.

—¡Joan, Joan, yo te llevaré! —gritó Bart incorporándose.

—¡No, no me mires!

Joan escapó corriendo. Bart trató de seguirla, pero…

—¡Quieto, estúpido! Sabes demasiado, pero no voy a molestarme en impedir que cuentes al mundo todo lo que has visto…

Y Bel comenzó a reír sarcásticamente, seguro de su infernal poder.

Hospital Psiquiátrico del condado de…

El equipo médico entró en la celda, toda ella blanca, con una cama, una mesa y una silla. Sentado en ella, un hombre vestido con una especie de pijama se afanaba en escribir con un lápiz sobre una hoja.

—Este interno no tiene nombre, le llamamos el escritor. Es un caso extremo de amnesia.

La doctora, que pisaba aquel hospital por primera vez, preguntó interesada:

—¿No recuerda nada en absoluto?

—Nada. Es decir, habla de un diablo llamado Bel y de una hermosa modelo que quería conservar su belleza por toda la eternidad. Ha escrito parte de esa historia imaginaria, lo malo es que la misma página la ha repetido ya más de cinco mil veces y hemos perdido la esperanza de que consiga continuarla.

—¿Y nadie ha preguntado por él?

—Nadie —respondió el psiquiatra jefe del equipo—. Apareció un día de madrugada por la carretera, totalmente desnudo. Repite siempre la misma historia, pero no sabe decir nada más. Hay temporadas que las pasa en absoluto silencio. Le hemos practicado la terapia del electro-*shock*, le hemos administrado todo tipo de medicamentos para la excitación sináptica, pero no hay manera, su mente está bloqueada, debió pasar un gran trauma. Lleva aquí cinco años y seguimos sin saber nada de él.

Le miraron con conmiseración, salieron de la celda y cerraron de nuevo. El doctor jefe suspiró levemente al comentar:

—Escritor de una sola página. Quién sabe si algún día conseguirá escribir la página número dos.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts